

**APROPIACIÓN POLÍTICA
DEL ESPACIO PÚBLICO**

**Miradas etnográficas de los
cierres de las campañas
electorales en el 2006**

Sergio Tamayo y Nicolasa López-Saavedra
(coordinadores)

Apropiación Política del Espacio Público
Miradas etnográficas de los cierres de las campañas
electorales en el 2006

Primera edición, mayo de 2011

© 2011, Instituto Federal Electoral

Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,
Col. Arenal Tepepan, 14610, México, D. F.

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ISBN:

Agradecimientos	5
Introducción Sergio Tamayo Nicolasa López-Saavedra (coordinadores)	7
PRIMERA PARTE El contexto político	
Capítulo 1 El retorno del conflicto Alberto Aziz Nassif	19
Capítulo 2 Discursos y debates de los candidatos en la elección presidencial de 2006 en México Aquiles Chihu Amparán	71
SEGUNDA PARTE Miradas etnográficas de los cierres de campaña electoral	
Capítulo 3 Los tres espacios. Constitución del espacio en los cierres de las campañas electorales Kathrin Wildner	95
Capítulo 4 Las plazas: espacios de ciudadanía y cultura política Sergio Tamayo	111
Capítulo 5 El texto en escena: una etnografía de lo (no) dicho, en un contexto urbano electoral Anne Huffschmid	139
Capítulo 6 Los medios y las campañas Nicolasa López-Saavedra	161

Capítulo 7 199
**Tomar partido: sociología de los asistentes
y militantes en los cierres de campaña**
Hélène Combes

Capítulo 8 231
**Elementos sociodemográficos, de acción
ciudadana y simbólicos en los espacios de
los cierres de campaña política**
Ricardo Torres Jiménez

TERCERA PARTE **Conjeturas epistemológicas**

Capítulo 9 299
**Apuntes hacia una etnografía transdisciplinaria:
leer el espacio, situar el discurso**
Anne Huffschmid y Kathrin Wildner

Capítulo 10 315
**Cuando la sociología se encuentra con la etnografía. Una
metodología multidimensional del análisis situacional**
Sergio Tamayo

CONCLUSIONES
COLECTIVAS **In-conclusiones de un debate que sigue abierto** 347
Hélène Combes, Anne Huffschmid, Nicolasa López-Saavedra,
Sergio Tamayo, Ricardo Torres Jiménez y Kathrin Wildner

Trayectoria de los autores 375

**Integrantes del VI Taller Internacional de Etnografía Urbana y
Cultura Política: Apropiación del Espacio Público** 383

Separata de fotos 385

DVD. Imágenes de los cierres de campaña
Pablo Gaytán

Capítulo 5

EL TEXTO EN ESCENA: UNA ETNOGRAFÍA DE LO (NO) DICHO, EN UN CONTEXTO URBANO ELECTORAL

Anne Huffschmid

ENTRADA: LEER LA POLÍTICA

Al principio no había palabra en escena, nadie hablaba, pura presencia. Poco a poco el templete, enmarcado por arreglos florales –girasoles, el emblema del partido convocante– se fue llenando con personas; algunas caras conocidas, otras desconocidas; mujeres y hombres de todo tipo y de todas las edades. Todos y todas de pie, de cara al auditorio expectante, reunido desde medio día en la explanada del Zócalo. Había voces en el aire, la de los animadores, pero el coro quedaba y seguía el silencio, como telón de fondo, poniendo el cuerpo, haciendo acto de presencia, hasta que finalmente llegó el candidato, el que sí iba a tomar la palabra, a llenar el vacío, a hacerse escuchar.

Los actos del habla emitidos en público, sean escritos u orales, generan sentido y algún tipo de poder. No sólo a través de la palabra; también hablan los cuerpos, emiten mensajes, forman parte de un escenario, que de aquí en adelante llamaremos “discursivo”. Explotar la textura y los efectos del habla como parte de una escenificación discursiva, como lo es un cierre de campaña, nos permite penetrar en las entrañas de la inter/acción social, política y cultural, enfocando sobre todo su dimensión conflictiva. Algunas preguntas que nos formulamos se orientan a conocer cómo se producen, a través de las prácticas discursivas y en la vía pública, los capitales políticos y culturales de los actores en escena y en disputa; cómo se generan y articulan legitimidad y poder; cuáles son las estrategias; cómo interactúan con el espacio físico transformado, el escenario discursivo y la comunidad, también temporal, de interlocutores simpatizantes que tienen “ahí enfrente”.

En el análisis del comportamiento discursivo de los actores en una campaña electoral nos dedicamos a hacer una lectura de la política

en un doble sentido: concebir y analizar la “palabra política” como un acto significante en público; y también, desde una óptica más amplia, entender y leer la experiencia social y el *performance* político en su totalidad como un complejo tejido semiótico, que abarca no sólo lo verbal sino también lo visual, lo espacial y lo corporal. A continuación enfocaré mi mirada hacia “lo dicho”, esto es, hacia lo que efectivamente se dijo, pero también hacia lo que se calló. El objetivo de mi exploración será la palabra puesta en circulación en tres escenarios específicos –emitida por los micrófonos o gargantas, por un folleto o comunicado, un grafiti o una manta–, pero cuyo análisis no se concibe sin considerar aquellos saberes contextuales más amplios, tanto espacios como contextos de resonancia. En un sentido amplio, podemos concebir la etnografía como un ejercicio de “lectura” del texto tan complejo que constituye lo social, en todas sus dimensiones significantes. Es en esta acepción que me atrevo a llamar “etnográfica” la presente exploración de lo dicho. Es una observación “desde el lugar” y en interacción con el espacio. Es la palabra puesta en escena y por lo tanto puesta en sentido.

LA ESCENA DEL DISCURSO

CONCEPTOS

¿Qué entendemos exactamente por *discurso*? De entrada, cabe señalar que trasciende por mucho a la noción de discurso (en español) como sinónimo de un simple acto verbal (“el discurso del político “X” de tal día sobre educación”) y también a esta otra noción un tanto engañosa de “pura retórica” o de “puro hablar”, como si el hablar fuera algo contrapuesto a la acción y no en sí una práctica social. Nos referimos al discurso como ese uso del lenguaje, a las prácticas textuales (el decir, escribir, leer y escuchar), en su contexto social, con sus respectivos efectos de poder y de sentido, siguiendo, en un sentido amplio, una línea post(foucaultiana) de pensamiento.¹ Lo discursivo se refiere entonces a la productividad significante del lenguaje, mismo que constituye (y no sólo “representa”) saberes y relaciones sociales, imaginarios e identidades. Lo formuló alguna vez Michel Foucault (1999 [1971]): “El discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación sino aquello por lo que y por medio del cual se lucha”.²

El ejercicio del lenguaje como práctica significante no es –y ahí radica una de las premisas básicas de esta noción de discursividad– nunca inocente, no es natural ni tampoco casual. Cada acto de habla corresponde a una decisión, aunque no necesariamente o incluso pocas veces sea consciente o

¹ No profundizaré aquí, por cuestiones de espacio y también de enfoque, en el vasto paisaje de referencias teóricas y metodológicas del análisis del discurso. Encontré útiles, en mi propio acercamiento al campo, los tomos introductorios de Van Dijk (1997a, 1997b), aparte de quienes fueron mis maestros como analistas y teóricos de discurso: Teresa Carbó en primer lugar, y también Jürgen Link, de Alemania. Véase para una revisión actualizada del campo de la investigación empírica de corte foucaultiano, entendiendo al pensamiento de Foucault como “manual” para la investigación, el *dossier* editado por Bührmann et al. (2007), sobre todo la introducción realizada por los editores: “El campo del análisis del discurso foucaultiano. Características, desarrollos y perspectivas”. A pesar de su utilidad, es lamentable que éste se limite a las escenas europeas, dejando como *blind spot* prácticamente toda la producción teórica surgida en y desde América Latina.

² Como nada es casual tampoco lo es el lugar donde me encontré esa cita en español, como prefacio de una tesis de licenciatura presentada en la UNAM, en el año de 1980, en la que se revisan las prácticas discursivas e ideológicas de las prácticas educativas (Guillén, 1980). El joven tesista fue, según revelaciones del gobierno mexicano, el precursor civil del posterior Subcomandante Marcos, a su vez portavoz de la primera “guerrilla discursiva” del siglo XX (véase, en castellano, Huffschmid, 2004, 2007).

deliberada. Cada palabra que se dice sustituye a otra que no se dijo o que se pudo haber dicho. No es propicio pensar el discurso como una especie de fachada detrás de la cual se esconden las supuestas verdades, intenciones, intereses o ideologías extra-discursivas, porque todas ellas se constituyen también en el discurso. Decía Roland Barthes que cuando pensamos el lenguaje en términos metafóricos éste equivaldría a una fruta con hueso “cuya pulpa sería la forma y la almendra sería el fondo” (Barthes, 1987: 158). Es decir, la esencia o el *hidden meaning* de capas (significantes), pero sin el hueso de la verdad última, “ningún secreto, ningún principio irreductible, sino la misma inmensidad de sus envolturas” (*ídem.*, 159). Pensar en el “hojaldre del discurso” —otra precisa metáfora alimenticia de Barthes— nos invita a la especulación sobre las supuestas intencionalidades secretas y manipuladoras detrás de lo que se dice, y nos obliga a enfocar nuestra lectura hacia las funcionalidades y sobre todo hacia los efectos de lo dicho. Veremos más adelante que una de las funciones más importantes del discurso político, por ejemplo, es integrar condiciones y resolver tensiones.

El texto nunca habla sólo. Cada discurso se inscribe en el contexto de la historia de lo social, en lo que Eliseo Verón (1963)³ llama un “doble anclaje” social, o dimensión material del habla: es producto de una materialidad histórica-política (las condiciones del decir: ¿quién puede hablar?, ¿quién es escuchado?) y a su vez *produce* nuevas materialidades históricas; por ejemplo, los hechos políticos pueden ser considerados como una campaña o victoria electoral, resistencia o coerción.

Para entender las dinámicas discursivas habría que entender dos niveles: uno es el de la acción, estrategia, *práctica o intervención discursiva*, donde alguien actúa⁴ —dice, calla, emite mensajes— desde una *posición discursiva* en el tejido social y político; lo hace suponiéndose escuchado o leído, porque cada intervención crea o supone su propia escena de interlocución, más aún si es en la escena política o electoral. El otro nivel es el de la *formación discursiva*, el conjunto de lo dicho y lo decible, de los saberes entendidos y reglas del habla, integrado por una serie de discursos (especializados, según Foucault) acerca de ciertos campos o temas, como pueden ser en México, por ejemplo, la Revolución Mexicana, el indigenismo⁵ o la multiculturalidad. Son discursos sin autor, constituyen saberes y órdenes “cubra-individuales”. Pero no por ello los debemos pensar como engranaje omnipotente, como *un solo orden de discurso*, donde se reproducen una y otra vez los mismos efectos de poder, sino más bien suponer la existencia de diversas formaciones que compiten entre sí y donde se generan también efectos impredecibles e incontrolables.

Cuando los actores intervienen en la formación discursiva, la subvierten o modifican, o recurren a determinados *repertorios discursivos*, podemos entender esta intervención, siguiendo una sugerente metáfora del lingüista alemán Jürgen Link,⁶ como “maniobras de enganchamiento” (*Kopplungsmanöver*):

³ De Verón quisiera hacer mención, aparte de su “teoría de la discursividad”, de otro texto altamente recomendable para entender cómo las prácticas discursivas (en este caso los medios de comunicación) constituyen, y no sólo reflejan o producen los acontecimientos y con ello nuestra realidad social (Verón, 1987).

⁴ Por razones de espacio, no puedo abordar aquí el debate entre sujeto y actor. Por lo pronto no llamaré a ese alguien ni sujeto ni autor, sino en todo caso actor. Este es el debate de la constitución de las “subjetividades” desde una línea de pensamiento foucaultiano, como contraconcepto de la noción de “sujeto”.

⁵ Véase por ejemplo el análisis lingüístico del indigenismo como discurso político en los trabajos de Carbó (1984, 1995).

⁶ Para conocer el trabajo de Link, de quien hay relativamente pocos textos en inglés, véase Link, 1989 y 1991. Otro autor relevante de la escuela alemana posfoucaultiana es Siegfried Jäger; para la introducción, véase Jäger, 1995.

el político que se “engancha” en la cancha del futbol, por ejemplo, y a la vez se “desengancha” de la historia nacional.

Una aclaración más: cuando nos referimos a la circulación *pública* y difusión masiva de la palabra, estaríamos hablando en realidad de lo que Link propone denominar como *interdiscurso*. Son aquellos canales de repertorios que traducen, transmiten, difunden y hacen accesibles un conjunto de saberes a un público más amplio; un ejemplo, para una figura interdiscursiva sería el repertorio deporte (juego, competencia, *fair play*, etc.) que atraviesa un sinnúmero de campos discursivos como la política, el amor, la economía. La primera instancia de articulación interdiscursiva son los medios de comunicación, pero también pueden ser los actos públicos de la política. Un cierre de campaña es, por ejemplo, un evento interdiscursivo donde se generan, recurriendo a una variedad de repertorios, saberes e imágenes, las *narrativas* y los *imaginarios* que constituyen nuestras miradas sobre el mundo. De estos últimos no hay uno solo, sino siempre varios, coexistentes y compitiendo entre sí. Por ejemplo, para la Ciudad de México coexisten la narrativa de la gran ciudad del arraigo y fundamento azteca, la capital nacional escenario de las representaciones de la mexicanidad moderna, la metrópolis como laboratorio de la posmodernidad y la megaciudad desbordada, de dimensiones apocalípticas. Estos imaginarios o narrativas no son, por supuesto, ni cerrados ni estáticos, sino siempre abiertos a la disputa discursiva y semiótica, sobre todo en tiempos electorales y en la lucha por el poder.

Si hablamos del poder del discurso nos referimos a dos dimensiones: el *poder decir*, la dimensión del acceso, y el *poder de decir*, la configuración propia de lo dicho. Ambas se refieren a cómo los hablantes inciden sobre el *espacio discursivo*, que también puede ser concebido como una dimensión central del *espacio público*. En este sentido, entendemos *lo público* como una suerte de campo de batalla discursiva que está siendo permanentemente reapropiado e intervenido, y también como un recurso en disputa. Es ahí donde los actores discursivos se articulan y entran en pelea; no lo concebimos como una arena de posible consensuación y simetrías comunicacionales, como lo suele sugerir el pensamiento habermasiano,⁷ sino como una arena fragmentada, delimitada por mecanismos de acceso y exclusión, intervenida y subvertida. Cuando esta arena se materializa en el espacio, en lugares físicos y tangibles como lo son, por ejemplo, las plazas urbanas, entonces estamos tratando con lo que llamamos de *entrada escenarios* —o *settings*— *discursivos*. Con ello nos referimos a dos tipos de configuración: uno, las materialidades discursivas históricas (Verón, 1996) que le dieron forma al lugar y cargaron su imaginación de significados (la plaza que se convierte en “Zócalo”); y dos, las prácticas efímeras, simultáneas y contradictorias que se inscriben hoy en día en los lugares y sus imaginarios. Sólo a esta segunda dimensión están dedicados los párrafos que siguen.

MÉTODOS

Entre las principales preguntas que guían nuestro análisis de las materialidades discursivas están las siguientes: ¿cómo contribuye la palabra pública a la apropiación política del espacio público, el *leitmotiv* de nuestra investigación compartida, en este caso la construcción de capitales y comunidades discursivas?

⁷ Véase para una crítica de la noción habermasiana de lo público (*Öffentlichkeit*) el tomo de Braig y Huffschmid.

sivas?; ¿cómo los hablantes se refieren al escenario material y cómo crean sus respectivas escenas de interlocución, presentes o ausentes físicamente?, ¿cuáles son los vacíos del habla, los puntos ciegos, las ausencias? y ¿cuáles son las tensiones entre el texto y el contexto, lo dicho y lo no dicho?

De entrada, cabe señalar que la investigación discursiva (*Diskursforschung*) no es en sí una disciplina, sino que se compone de un conjunto de conceptos, perspectivas y ópticas disciplinarias. Requiere de las ciencias sociales y políticas para contextualizar y enmarcar los procedimientos del habla, de las ciencias culturales y de la comunicación para acercarnos a las macroestructuras culturales, pero también de la lingüística para descifrar las microestructuras, esto es, las texturas de lo dicho (semánticas, sintácticas, argumentales, retóricas, etc.). Aunque no toda investigación empírica que se declara a sí misma “análisis del discurso” se sumerge en las microestructuras del lenguaje, aquí se sostiene que es sumamente útil e incluso indispensable ver de cerca *cómo* se dice lo que se dice. Por lo tanto, los apuntes que siguen se centran en este último nivel: las dimensiones lingüísticas.

Cabe aclarar también que en la investigación discursiva, probablemente más que otros ámbitos de la investigación social cualitativa, no es posible distinguir tan nítidamente el registro del análisis. Esto es porque no hay registro-descripción de lo textual sin que ello implique ya alguna maniobra de lectura analítica. Desde la recopilación de materiales, cada registro y su sistematización (su conversión en un mapa de los hechos textuales), sea como *acervo* amplio (una suerte de “flaneo” por el universo de lo emitido) o un *corpus* ya construido, presupone un cierto saber o suposición, algunas hipótesis, sobre el funcionamiento del lenguaje.⁸ En el caso específico que aquí nos concierne, el de los espacios discursivos en campaña, nuestro *acervo* (como también el posterior *corpus*) se compone de distintos tipos de material textual, oral o por escrito, registrable como “palabra pública” en la escenificación política en cuestión: las intervenciones de candidatos y demás hablantes, los eslóganes y coros emitidos desde las multitudes congregadas; asimismo, las mantas, los volantes, los carteles, las playeras y demás inscripciones.⁹

Siguiendo una imagen sugerida hace algún tiempo por Teresa Carbó, concebimos el análisis fino como una suerte de “labor de relojería” (Carbó, 1984: 10): se reconstruye el reloj, este se detiene, se acerca la mirada paciente y “con lupa” se recorre la superficie del texto, para deconstruir la supuesta inocencia, naturalidad y casualidad de lo dicho, porque partimos de lo elemental: todo quiere decir algo. Nuestra primera y primordial técnica analítica para descifrar ese “algo” es entonces nada más y nada menos que la lectura, vista como una actividad comunicable, estructurada, de sentido formal.¹⁰ En esta lectura significativa se despliega entre el lector y lo leído un juego de acercamiento (*close reading*) y distanciamiento o asombro (lo inesperado). No hay falsas lecturas, sólo una gama diversa de efectos, dependiendo del ángulo y saber contextual de quien está leyendo.

⁸ Carbó (2002) distingue cinco fases en los estudios de lo discursivo: 1) desde la “comezón inicial”, siempre anclado en tiempo y espacio (*point of view*); 2) luego la delimitación del terreno (el *acervo*); 3) la reconfiguración de las preguntas en hipótesis, el paso del *acervo* recopilado al *corpus* construido (los materiales con una mayor densidad operacional); 4) la deconstrucción/segmentación propia de lo dicho, la sintaxis como poderosa estructura fundacional y luego su recomposición; y 5) retomar a las preguntas, al contexto y al conjunto textual, el “lento movimiento del entender” que nos transmite a otras zonas del no saber, siempre en espiral; véase para una recapitulación metodológica también Carbó (2001a) y Huffschiid (2007).

⁹ Nos limitamos aquí a los hechos textuales, aunque para un análisis semiótico deberíamos ampliar la noción de *corpus*, incorporando también otros materiales significantes como fotografías, videos, gráficas, mapas y cartografías.

¹⁰ “*Reading, seen as a communicable, structured and formal sense-making activity*” (Carbó, 2001b: 59).

Quisiera proponer una noción de lectura como “observación etnográfica” de lo dicho, en al menos dos sentidos. Primero, como analogía: lo que se suele constatar como requisito básico para el etnógrafo en el campo (y que lo distingue de un “simple reportero”) vale también para el análisis del discurso (que lo distingue de un “simple lector”): el estar ahí. El analista-etnográfico vuelve una y otra vez sobre el texto, se queda en la escena textual, e igual que en la práctica etnográfica, resulta indispensable saber y saber decir *desde dónde* uno está leyendo. A la vez, al etnógrafo y al analista del discurso los une la modesta ambición –o ambiciosa modestia– de cualquier investigación cualitativa e indicativa: la de no cuantificar, al menos no en primer lugar, es decir, no contar palabras u otras entidades significativas, sino confiar que uno mismo haya escogido algún fragmento (de texto o de la experiencia social) que nos pueda decir algo sobre el conjunto. Segundo, la “observación” de lo dicho también en sentido literal: escuchar y mirar lo omitido en escena, ya no sólo en el plano bidimensional del texto, sino en la multidimensionalidad semiótica del espacio y del conjunto visual, percibir y ver más de lo que se lee, pues aun cuando en un primer paso del ejercicio analítico nos limitemos a lo textual, nunca nos quedaremos en él.

Esta lectura, como acabamos de definir, equivale entonces a una interrogación del mapa-universo textual con el que nos encontramos. ¿Cómo se construyen ahí los actores, los interlocutores y terceros aliados o enemigos? ¿Cómo son nombrados, denunciados o “justificados” los sucesos, acciones y procesos? ¿Cómo se argumenta, cuáles son las alianzas y oposiciones que se crean, cuáles son las imágenes y retóricas a las cuales se recurre, para quiénes se habla y contra quiénes? Estas interrogantes se traducen en una serie de dimensiones lingüísticas que nos pueden servir como una especie de guía para el registro discursivo y que se enlistarán, muy brevemente, a continuación.

En primer lugar, si queremos saber cómo se conciben los actores políticos a sí mismos, y cómo conciben a sus aliados, interlocutores y competidores, a quienes se incluye o excluye de la escena, tenemos que analizar las constelaciones pronominales (“*pronominal shape*”, Carbó, 2001b: 74) en este sentido: ¿quiénes son *nosotros*?, ¿quiénes son *ellos* y *ustedes*?, ¿a quiénes se refiere si se habla del *yo* o del *tú*?, ¿cómo se crean presencias y ausencias? Veremos que un elemento fundamental de hacer (en el sentido de “decir”) política, concebida como estrategia de construir liderazgos y comunidades, adversarios, aliados y lazos de pertenencia, consiste en lo que podríamos denominar una “política pronominal”.¹¹

Un segundo gran complejo es el de la semantización, o elección léxica: ¿cuáles son los campos semánticos en juego (las *key words*, como por ejemplo, democracia, justicia, empleo)? Para establecer algo así como el vocabulario del hablante, su terreno semántico base, necesitamos reconstruir cómo se reconectan o desconectan entre sí estos campos, sobre todo en cuanto a la construcción de antónimos. Si nos preguntamos por las maniobras de re/semantización y de/contextualización de un tópico, habría que considerar también la dimensión de los *repertorios discursivos*, los campos temáticos a los que el hablante recurre, que son casi siempre *interdiscursivos*, es decir, atraviesan distintos discursos especializados y pueden ser, o no, metáforas (por ejemplo, deporte, economía, botánica). Otro concepto

¹¹ Para mencionar sólo un ejemplo ilustrativo de cómo analizar los efectos de esa “política pronominal”, está el estudio de Gruber (1997) acerca de cómo se construye, desde la prensa, una imagen de “ellos” (los extremistas de derecha, en este caso) en relación con “nosotros” (en este caso, el pueblo austriaco).

central es el de la *intertextualidad*, que supone que cada texto es eco de otros textos producidos anterior o simultáneamente. La referencia intertextual recurre al repertorio discursivo de un autor determinado, que puede ser nombrado explícitamente o sólo aludido implícitamente; más adelante veremos un ejemplo interesante, en el caso del candidato Felipe Calderón, y otro explícito, en la escenificación priista.

Una tercera dimensión significativa es la textura *sintáctica* en su conjunto, y ahí sobre todo los nexos argumentales (por ejemplo, conjunción, disyunción, causalidad, adversión, concesión, antónimos) que estructuran los patrones argumentales y establecen las relaciones y causalidades entre tópicos, conceptos claves y actores. Un ejemplo simple e ilustrativo de cómo se construye una causalidad específica, nada causal o evidente, es el lema “Por el bien de todos, primero los pobres” (de Andrés Manuel López Obrador, AMLO), el cual quiere decir que atender a los pobres no es un acto más de hacer el bien, sino condición para que “todos” (incluidos a los pobres) puedan vivir mejor. Uno de los nexos más sublimes y complejos es el “pero”, con efectos muchas veces no tan evidentes. Veamos un par de ejemplos del *corpus* aquí reunido:

“[el ejército es] una institución fundamental del Estado mexicano, *pero* nunca más el ejército será utilizado para reprimir el pueblo de México” (PRD).

“[anuncios en materia de seguridad] *pero* insisto: la mejor forma de garantizar la tranquilidad y la seguridad pública consiste en crear mejores condiciones” (PRD).

“México quiere democracia, *pero* rechaza su perversión: la demagogia” (PRI).

“cambiamos sí, *pero* con responsabilidad” (PRI).

“gobernaré con [...] la ley en la mano, *pero* con mano firme, sin tregua, sin descanso [...]” (PAN).

En todos los casos el primer sintagma representa una especie de aparente concesión discursiva, inscribiéndose en la validez de un repertorio hegemónico, socialmente incuestionable (ejército, seguridad, democracia, cambio, ley); sin embargo, es en el segundo sintagma, inaugurado por el *pero*, donde se emite el verdadero mensaje, en evidente tensión y colisión con el primer repertorio, cuya hegemonía es relativizada indirecta pero radicalmente.

Otros efectos sumergidos en las entrañas del syntax son los que la lingüística crítica denomina como “transformaciones” (*Transitivity Analysis*. Hodge, Kress 1993 [1979]).¹² Con ello, tales transformaciones son referidas a maniobras sintácticas como la *pasivización* o la *nominalización*, que tienen determinadas funcionalidades: transformar una frase activa en pasiva con el objeto de eliminar agencias y responsabilidades (por ejemplo, “la policía mata a tres rebeldes” → “tres rebeldes fueron matados”) o transformar una actividad (por ejemplo, “masacrar”) en un *nomen* (“masacre”) lo que equivale a una clasificación pseudo-objetiva, eliminando factores procesuales. Al detectar construcciones pasivas o nominalizadas el análisis pretende reconstruir estas transformaciones para llegar, según la lingüística crítica, al “verdadero” significado de lo enunciado. Aun cuando uno no comparte la noción de “sentido oculto” como una esencia significativa de lo dicho, recordando el concepto “cebolla” de Ronald Barthes,

¹² Véase para otro conjunto de estudios en la línea de la lingüística crítica, aplicado principalmente al discurso mediático, el tomo de Trew, *et al.*, 1983.

resulta de sumo interés –tanto en el discurso político como en el mediático– preguntar por los efectos y funciones del uso del pasivo y de la nominalización.

Otro campo de suma importancia son las *metaforizaciones* como instancias productoras de sentido. Las metáforas,¹³ en la misma forma como ya lo habíamos constatado para el discurso y el lenguaje, no sólo reflejan o traducen nuestro pensamiento o experiencia social, sino que lo *estructuran*. Según Lakoff y Johnson (1980) nuestro imaginario y sistema conceptual de cómo vemos y hablamos el mundo es estructurado metafóricamente, siempre de acuerdo con los parámetros de nuestro respectivo entorno cultural. Un ejemplo de nuestra contemporaneidad occidental sería la metáfora de *debate/discurso=guerra*, lo que quiere decir que no sólo traducimos el debate como “guerra” sino que lo *conceptualizamos* como una actividad de guerra, situada en el campo semántico de ganar o perder; atacar, defender o demoler; batalla o trinchera. Hay una serie de conceptos metafóricos habituales –y por lo tanto culturalmente inconsistentes– que estructuran el pensamiento y discurso político: *la política como economía de mercado* (con sus campos temáticos de oferta, *marketing*, vender, comprar...), *el país como casa o familia o la crisis como catástrofe natural*; veremos que el detectar alguna construcción metafórica, aunque sea una “imagen suelta”, no pocas veces nos lleva a un complejo concepto metafórico.

Finalmente, para establecer la estrategia discursiva del hablante es importante registrar o notar otros recursos retóricos, como la ironía, la paradoja, la inversión, el uso de eufemismos, etc., así como la “actitud discursiva” que asume y cómo construye su propio lugar de habla. Asimismo, como ya se dijo, se recomienda observar y registrar el contexto no verbal de ocurrencia del hecho textual, los gestos corporales, la vestimenta, los íconos y repertorios simbólicos, también en vista a una diversificación multidisciplinaria de la mirada y posibles enlaces con otros registros. Y por último, pero no por eso de menor importancia, es básico para cualquier maniobra de lectura registrar los efectos de extrañeza o asombro que lo dicho provoca en uno como primer receptor, incorporar y explorar la productividad significativa de *lo inesperado*: la ilusión a un repertorio, un campo metafórico o una intertextualidad, lo que uno no se hubiera esperado en un escenario determinado. Es probable que sea ahí donde podemos ubicar la “dimensión inductiva” de la investigación discursiva, salvándola de la esterilidad de lo meramente deductivo, la mirada cerrada que sólo nos permite detectar lo que de antemano habíamos postulado.¹⁴

¿YA GANAMOS? LECTURAS Y PERFILES DISCURSIVOS EN TRES ESCENARIOS

A continuación quisiera esbozar una serie de efectos de lectura-escucha, sin con ello esperar, de ningún modo, la exhaustividad. Esto no es, por cierto, un ejercicio individual sino colectivo, en este caso compartido entre los y las participantes del equipo “Discurso” que tuvo el privilegio de coordinar en el marco del VI Taller Internacional de *Etnografía Urbana y Cultura Política*, realizado en junio y julio en la

¹³ Por metáfora entendemos si una cosa es concebida y expresada en términos de otra cosa, por ejemplo, una crisis como terremoto, el Zócalo como corazón o, también, el análisis como labor de relojería.

¹⁴ Este es el destino de muchos estudios de “discurso” que se limitan a comprobar el funcionamiento de un determinado discurso, muchas veces hegemónico, sin abrirse a los efectos múltiples y no calculables del lenguaje.

Ciudad de México.¹⁵ Como no lo son nunca, los procesos semióticos no son homogéneos, lo que unos “leen” otros no lo detectan o no le dan importancia. Pero tales procesos son siempre sociales, compartidos, colectivos.

De entrada partimos de la idea que en el campo político cada hablante tendrá que resolver alguna tensión fundacional debido al carácter mestizo, híbrido e interdiscursivo de su actuar textual; se dirige hacia distintas comunidades (militantes, simpatizantes, votantes indecisos, adversarios, medios de comunicación), cada una con su horizonte y expectativas; y a la vez se inscribe en distintos repertorios discursivos, muchos de ellos contradictorios entre sí. Veremos cómo resultan las respectivas tensiones de los candidatos: el conservador (Felipe Calderón Hinojosa), que se construye como “hijo desobediente”, apostando al mantra político-opositor del “cambio” y a la vez a la continuidad de su partido en el gobierno; el izquierdista (Andrés Manuel López Obrador), que tiene que comprobar su calidad de estadista y a la vez cumplir las expectativas de actuar como luchador popular, pero sobre todo responder ante la imagen de “peligro” que sus adversarios crearon de él, y el priista (Roberto Madrazo), que se debate entre el patrimonio político de su partido y la necesidad de innovar su imagen. Finalmente, los tres tendrán que enfrentar el dilema básico de cualquier competidor electoral: conciliar la confianza (“ya ganamos”) con un espíritu de lucha (“vamos a ganar”). Por lo tanto, en cada uno de los escenarios encontraremos tanto elementos de “contención”, en sintonía con la respectiva tradición y expectativa partidaria, como de “transgresión”, que trasciende o incluso subvierte los repertorios y horizontes establecidos, según la distinción que propone Sergio Tamayo.¹⁶

En los apuntes que siguen se busca reconstruir, a través de una serie de maniobras léxicas y sintácticas, cómo en los tres escenarios se configuran los respectivos “espacios discursivos” como esfera de significación política, compuesta por estrategias y efectos de legitimidad del poder. Este espacio no se compone únicamente por lo que “el candidato” dice desde el templete, sino también por lo que dicen otras voces —en este caso los animadores, los respectivos presidentes de partido o de bancada parlamentaria y los candidatos a jefe de gobierno—¹⁷ de cómo es recibido lo dicho en la escena masiva de interlocución ahí presente y también qué es lo que “dice la plaza” para su cuenta. Sin embargo, para fines de esta lectura indicativa, en ningún momento exhaustiva, nos enfocamos hacia la escenificación discursiva del candidato, no concibiendo a éste como “una sola voz” sino como representación compleja de una “postura discursiva”. Veremos cuál es la actitud de estas tres posturas y cómo construyen su lugar de habla, la actual binaria de su decir (“nosotros” versus “ellos”), sus anclajes de repertorios y campos metafóricos, las figuras de género, y añadiremos apenas algunos apuntes y observaciones acerca de los respectivos “auditorios”, es decir, las escenas de interlocución y resonancia.

¹⁵ Quisiera aprovechar este espacio para agradecer enormemente la entrega, el compromiso y la inteligencia de este grupo integrado por Arturo Alvar Gómez, Nadia Aquino, Miriam Cruz Juan, Elizabeth García, Paola Carmina Gutiérrez, Roxana Luna, Nayeli Marquecho Estrada, Armando Martínez Rosales, Matías Reyes Felipe, Ricardo Soto, Jordan Treviño y Pablo Vargas García.

¹⁶ Véase el artículo de Tamayo en este mismo libro, y para la configuración de los repertorios partidarios el de Hélène Combes.

¹⁷ Estos fueron, para el caso del PAN, Manuel Espino y Demetrio Sodi; del PRD, Martí Batres y Marcelo Ebrard; en el caso del PRI sólo hubo una oradora, Beatriz Paredes.

LUGAR DE HABLA Y ACTITUD DISCURSIVA

De entrada (literalmente) no podían ser más contrastantes las maneras como los candidatos construyen su “templete”, en sentido literal y figurado, como lugar desde el cual van a hablar. Con “lugar” en este caso no me refiero a los escenarios discursivos, tratados en otro momento en este tomo, sino a cómo el hablante se apropia discursivamente de este espacio —la plaza, el estadio, el monumento— posicionándose él mismo en ese lugar.

López Obrador, en el Zócalo, se sube a un templete cuidadosamente preparado: está el particular telón de fondo que recordamos al principio de esta intervención, la presencia física de hombres y mujeres que lo respaldan, literalmente, y que le hacen coro, aunque sea un coro silencioso: AMLO no está solo, nos “dice” el escenario, está entre y ante los suyos, y está en relación con el Zócalo, prácticamente en casa. El gesto no es uno que quiera conquistar un espacio, sino el de confirmar una apropiación previa ya establecida (a través de su partido, que lleva casi diez años en el gobierno de la ciudad), ahora ampliada en un alcance: el Zócalo no sólo como el centro de la ciudad, sino también como “corazón del país”. Su actitud es la de un estadista, más allá de partidos, la clase política e incluso de lo “electorero”, encarnando un “proyecto de nación”. No se sitúa dentro, sino encima de la competencia electoral, como si ya hubiera ganado, confiado de su triunfo; no combativo sino conciliador, su discurso es el de una toma de posesión: “No les voy a fallar, no voy a traicionar al pueblo de México”.

En contraste, Felipe Calderón, en el Estadio Azteca, se encuentra en absoluta soledad escénica. Anda, literalmente, solo en el templete de la boleta cruzada, después de que esposa e hijos y otros oradores hayan hecho muy breves actos de aparición. Su actitud es la de un competidor político, en constante movimiento, de ahí su enganchamiento en el campo metafórico del fútbol: la política está metaforizada en términos de competencia deportiva. El estadio es referido como “casa de campeones”, un espacio sin más historia que la de las victorias o derrotas futboleras, controlado, cerrado, de puro entretenimiento. El PAN se vale de la energía expresamente apolítica del lugar, pero a la vez la politiza. Para ello, cabe recordar la enmarcación discursiva de este *setting*, las 14 lonas colgadas en el exterior del estadio que llevan siete conceptos (verdad, libertad, empleo, victoria, democracia, pasión y valor) como una suerte de *matrix* de valores y pilares de la ética panista. Como *leitmotiv* se cristalizan, repitiéndose tres veces, victoria y empleo, las mantas principales del PAN; siguen, con una repetición, democracia, pasión y verdad. Salen a la vista dos ausencias, una posiblemente esperada en un repertorio panista (justicia) y otra que puede parecer, al menos a primera vista, sorprendente (seguridad).

El lugar de la congregación priista, el Monumento a la Revolución en la Plaza de la República, se convierte en una especie de refugio legitimador (“tenemos derecho aquí a encontrarnos”) para el anterior partido de Estado. Se construyó una suerte de larga pasarela que lleva desde el monumento hasta el templete. Lo más remarcable en la construcción de ese templete como lugar de habla es que no comparte la misma estructura de suspenso (los dos oradores previos) y clímax escénico discursivo entre dos (y no tres) voces: habla primero Beatriz Paredes, encarnación del ‘buen PRI’, la intelectual en vestimenta autóctona, antes de que tome la palabra el propio Roberto Madrazo. Su intervención, desde el podio y con manuscrito de por medio, es de casi 15 minutos de sofisticada formalidad y dramaturgia, en la que recurre a los repertorios de lo histórico y del México profundo, incluyendo todo tipo de

bagajes políticos e intertextualidades culturales (tomados de Octavio Paz). Es ella la narradora principal del gran relato legitimador del partido histórico, quien prepara el terreno sobre el cual Madrazo se puede mover, ya sin manuscrito y como una especie de animador de sí mismo, con un recuento de la actual campaña y una selección (no muy amplia) de refranes electorales, frecuentemente repetidos, como “porque ya les ganamos, les vamos a volver a ganar”.

Cada acto de habla supone sus propias escenas de interlocución. En el caso del PRI, su división del trabajo discursivo abarca también a sus interlocutores. Mientras que la sofisticada ponencia de Paredes no se dirige —al menos no en primer lugar— a los ahí presentes, sino más bien a otra escena de interlocución virtual, las élites culturales y políticas del país, la intervención relativamente primitiva del candidato parece satisfacer a lo que la dirigencia priista parece suponer como los limitados horizontes culturales de los físicamente congregados. En el caso de Felipe Calderón es factible pensar que su actuación escénica se dirigió en primer lugar a ser captada por los medios de comunicación electrónica, que además fueron los únicos capaces de apreciar en su totalidad, desde arriba, la forma de la boleta electoral cruzada. Mientras tanto, es obvio que López Obrador se dirigió por un lado a los físicamente presentes en el Zócalo, pero a la vez mandó otro tipo de mensaje a sus adversarios (“que se oiga bien y se oiga lejos”): el de la conciliación.

LO BINARIO: NOSOTROS Y ELLOS

El discurso político, concebido como un conjunto de actos de habla en competencia de poder y legitimidad, se suele construir —prácticamente sin excepción— sobre una oposición fundadora entre la comunidad de *nosotros* y el campo adversario de *ellos*. Sin embargo, las estrategias se distinguen considerablemente en cómo se configura ese *nosotros*, cómo convoca a sus interlocutores presentes (*ustedes*) y en cuáles son los terceros discursivos (*ellos*) que evoca.

En el caso de López Obrador se establece entre el *yo* (“yo asumo la responsabilidad”, el “orgullo de encabezar y dirigir”) y el *ustedes*—pueblo una relación de compromiso e intimidad (“no les voy a fallar”), cargada de una particular ‘libido política’, sobre todo desde la resonancia (véase el apartado de “Cuerpos, voces, resonancias”). En cambio, *ellos* no son nombrados ni personalizados, sólo se les evoca con una lógica diametralmente opuesta a la propia: los de “arriba”, ricos corruptos y dotados de “privilegios” *versus* los de “abajo” (pobres “humildes”) en busca y reclamo de “justicia”. Es interesante notar que el PRI ni siquiera es aludido como enemigo, se diluye en el campo adversario, creando puentes —es de suponerse— para que una parte del priismo pueda fundirse en el *nosotros*.

Felipe Calderón establece dos construcciones binarias entre *nosotros* y *ellos*, uno partidario-electoral y otro más de “sentido común”. Primero está la retórica partidaria-electoral del *nosotros* panistas en contra de un doble *ellos*, equiparados entre sí: al eludir a “los dos López”, el candidato panista engancha a su actual competidor López Obrador en el descrédito histórico del ex presidente José López Portillo. Una vez establecida la equivalencia “histórica” entre PRD y PRI, adquiere sentido el retorno a la postura prestigiada del opositor, (“ya les derrotamos y les vamos a volver a derrotar”), aun siendo desde la alternancia de poder en el año 2000, el partido de gobierno. Al contrario de la estrategia de

AMLO, el *nosotros* panista se construye primordialmente sobre una evocación binaria del adversario, en tono de advertencia:

los pacíficos	vs.	los violentos
pluralismo y democracia	vs.	Intolerante (semilla de autoritarismo)
respeto, escucha	vs.	desprecio
unidad, ley y concordia	vs.	desprecia la ley, odio, división
la estabilidad	vs.	la crisis, inflación, devaluación
empleo	vs.	deuda
pasado	vs.	futuro

Es evidente que detrás de *ellos* hay un *él*, López Obrador, construido como una suerte de enemigo público. Paradójicamente, ello conlleva, como efecto involuntario, la construcción del otro como una poderosa (omni)presencia, aun en su negación.

La segunda oposición binaria es la de *nosotros*, los ciudadanos y *ellos*, los delincuentes, que sirven para anclar y confirmar algo así como una ética conservadora, con uno de sus principales lemas, la llamada “mano dura”. Así, cuando el candidato reclama que “mientras el ciudadano está preso los delincuentes están libres”, se trata de una construcción en la que los criminales son privados de su estatus de ciudadanía y con ello de sus subsiguientes derechos civiles y humanos.

Es interesante notar que en ambos casos, López Obrador y Calderón (no así en el caso del PRI), se evoca a un tercer *ellos*, los indígenas, excluidos del *nosotros* hablante. El caso más evidente es el de Calderón: promoviendo un programa de reforestación en las zonas habitadas por indígenas, anuncia que “al mismo tiempo que *ellos* salgan de la miseria *nosotros* recuperaremos las selvas y bosques para el México que viene”. En un acercamiento (de *close reading*), esa frase, en su textura sintáctica, revela distintas capas de sentido: no sólo la contraposición entre *ellos* (los otros), naturalizados entre selvas y miserias, y *nosotros* (el México todo, el que viene), sino que también *ellos* están en un movimiento de *salir* (de la miseria, de los bosques, ¿de México?) y *nosotros* (México) en la posibilidad de *recuperar* (algo que nos pertenece, que perdimos y ¿que fue apropiado por ellos?). La selva se convierte en recurso, ya deja de ser hábitat (para seres extraños) y cultura. Detectamos ahí una nítida contraposición entre el México primitivo (indígenas, miseria, selva) y el “México que viene” y que deja atrás las ataduras del pasado.

En la intervención de López Obrador, los indígenas también figuran como *ellos*, aunque casi en sentido inverso: los ubica en el centro y no en el margen del México verdadero, son la “realidad más íntima del país”,¹⁸ altamente valorado pero construido como algo lejano e inamovible. No son *ellos* sino *nosotros*, el país entero, que se tiene que mover para “pagar la deuda” (histórica, se entiende) con este grupo. Aunque se inscribe en un repertorio de “solidaridad” con la causa indígena cuando evoca los

¹⁸ Una fuente reveladora de deslices significantes suelen ser las diferencias entre el manuscrito de una ponencia pública y lo que efectivamente se dijo; en este caso, el manuscrito decía “la verdad más íntima”, lo que en el acto se substituyó por “la realidad”; ahí también se añadió el compromiso de hacer “valer todo lo que está de nuestra parte”.

“acuerdos de San Andrés Larráinzar”, apenas alude vagamente al “respeto” (o “reconocimiento” según el manuscrito) de tales acuerdos, cuando la demanda generalizada es y sigue siendo su “cumplimiento”.

El *nosotros* del PRI es tajantemente distinto al de los competidores, es el “nosotros de los priistas”; ambos oradores aluden, de manera institucional y explícita, no al pueblo de México sino a *ustedes* los órganos del partido presentes en la plaza, la “militancia priista aquí congregada”, en palabras de Paredes. Es un PRI que en el ámbito político se construye a sí mismo como tercero, una suerte de árbitro conciliador o curador de la patria herida, elevándose más allá de la competencia partidaria entre “azules” y “amarillos”. Ellos son estos dos partidos, de derecha y de izquierda asociados con “aventura”, “saltos de vacío” y “polarización”, contra los cuales el PRI se construye como bastión de “experiencia” y “responsabilidad”, una opción de “centro progresista”. Es curioso notar como los oradores priistas se sitúan “ante una doble opción”, cuando en realidad evocan dos gobiernos en turno, el perredista en la capital y el panista en la Presidencia. Por un lado –podríamos deducir–, no dejan de considerarse como un *nosotros* a quien pertenece, ya por tradición histórica, el gobierno. Desde este ángulo, los otros aparecen como invasores-intrusos en la casa del poder: “¿les dejamos el gobierno otros seis años a los azules en la Presidencia de México?”, pregunta Madrazo. Quiere decir, efectivamente que: “es nuestro gobierno y lo vamos a recuperar”. Por otro lado, los priistas se construyen como víctimas (“ya basta de que nos minimicen, nos menosprecien o enjuicien”) ante los nuevos poderosos que se apoyan en el repertorio de la ficción (“publicidad”, “encuestas”) en contra de las realidades priistas (plazas, gente, gobiernos estatales).

El yo de Madrazo apela a un doble interlocutor: por un lado la militancia patriótica (*ustedes*), pero también el bienestar individual (*tú*), con la antigua promesa paternalista que presupone, y exige, la confianza incondicional del votante: “con Roberto te va ir muy bien”, sin más argumento de por medio. Esta promesa se basa en el imaginario del gran protector: “a ti, ¿quién te defiende?”, con un curioso efecto discursivo donde se entrelazan las funciones de protección con las de control y vigilancia: “el PRI, siempre detrás de ti”.

ANCLAJES DISCURSIVOS - REPERTORIOS Y METÁFORAS

En López Obrador sobresalen dos repertorios discursivos contrastantes entre sí: primero el campo semántico aparentemente apolítico como *la sonrisa y la felicidad* (“soy un hombre feliz”), complementado por el campo metafórico del corazón, aquí triplemente significado (Ciudad de México, poder, emoción), junto con el sol como emblema partidista y los girasoles como requisito escénico; segundo, el repertorio de *la historia nacional de lucha* (Independencia y Revolución), a través de una secuencia de héroes nacionales (desde Morelos hasta Lázaro Cárdenas)¹⁹ y el propósito explícito “vamos a hacer historia”. Con ello, se evoca un espíritu fundacional, una nueva hora cero, pero siempre arraigada en las luchas liberadoras del pasado.

¹⁹ Lo interesante de esta secuencia es la inclusión de Madero, figura emblemática también del discurso histórico del foxismo, muchas veces contrapuesta a la de Zapata.

En contraste, es muy llamativo la cuasi ausencia de referencias históricas en Calderón, quien recurre no a la tradición sino a la renovación, al salir adelante hacia el “México que viene”, moldeando un nuevo país “solidario a quienes tienen más adversidad” (un interesante eufemismo que sustituye la pobreza). Resulta revelador que ahí se parece invertir lo que se asocia comúnmente con los campos de derecha e izquierda, ya que aquí la izquierda se construye como guardiana de la “tradición” versus los conservadores que proclaman una “modernidad” marcadamente ahistórica.

Con AMLO, la autoimagen del candidato “sonriente” y “feliz” corresponde claramente a la necesidad de contrarrestar el imaginario de “peligro” construido por sus adversarios. Junto a ella, aparecen una serie de conceptos que sostienen esta imagen conciliadora, tranquilizante y no polarizante como son las nociones de “convivencia social”, “concordia”, la no venganza, el no odio. Asimismo, se tiende a la despolitización o neutralización de algunos debates altamente politizados, como lo es la política económica, al prometer por ejemplo un “manejo técnico y no ideológico de lo económico”. Finalmente, se perfila una subtónica cuasireligiosa, redentora, al evocar por un lado el mantra de la “esperanza” y, más concretamente, de la “purificación de la vida pública”.

También, con sus silencios, AMLO se posiciona en el paisaje político de la actualidad, desconectándose de movimientos radicales como el zapatismo, sólo aludido de manera indirecta por la mención de (la masacre de) Acteal, los Acuerdos de San Andrés y los “indígenas de Chiapas, Oaxaca y Guerrero”, neutralizando así al EZLN deliberadamente entre ellos; pero también de los maestros oaxaqueños (la lucha social más importante del momento) e incluso de su propio partido, mencionando sólo un par de figuras destacadas entre ellos, y colocando al final de su ponencia a su ex competidor y adversario más cercano, Cuauhtémoc Cárdenas.

En el caso de Calderón lo inesperado, para un político conservador, es su enganchamiento en el repertorio de la rebeldía, construyéndose como “hijo desobediente”. Esta rebeldía se relativiza al instante cuando es condicionado por la obediencia familiar “he sido un desobediente [pero] no con mi padre a quien amé y respeté y seguí siempre respetándolo”.²⁰ La desobediencia habría sido, en el seguimiento de la secuencia, contra “la injusticia, contra la miseria, contra la dictadura de unos cuantos”. Con ello Calderón se vale del discurso libertario, casi revolucionario, pero modificándolo al emplear el yo, constituyéndose como un héroe individual, de corte liberal. En cuanto a metaforizaciones, la imagen tal vez más sobresaliente en la escenificación panista es la mano, con múltiples connotaciones: mano limpia, mano firme (o dura) e incluso mano “sucias”, aquí no en el sentido de corrupto, sino más bien “trabajador”. La mano se convierte en símbolo y medida de una ética liberal: es la mano que trabaja y castiga, son las manos de cada quien, de la gente común, con su propio esfuerzo. Y también es la mano que no se convierte en puño, ni en la “V” de victoria.

En cuanto al anclaje legitimador de Calderón, vale la pena examinar más de cerca una intertextualidad reveladora con el famoso discurso de Martin Luther King (*I have a dream...*), retomado aquí en cuanto esqueleto y dramaturgia discursiva, y evidentemente valiéndose del patrimonio discursivo de las

²⁰ No es difícil pensar que la figura paternal en cierto sentido es Vicente Fox, en una tensión entre la lealtad y la necesidad de “desobedecer” y encontrar su propio camino.

“buenas causas”, aunque ahora de codificación casi invertida. Veámoslo con un ejercicio, en una lectura más cercana:²¹

Lo que dijo King en su célebre intervención fue: *I have a dream that one day, down in Alabama, with its vicious racists [...] little black boys and black girls will be able to join hands with little white boys and white girls as sisters and brothers.*

En boca de Calderón esa secuencia se convierte en: “Yo imagino [...] un México justo donde las niñas y niños indígenas en las zonas zapotecas de Oaxaca [y otros lugares] tienen la misma oportunidad de estudiar y salir adelante, que las niñas y niños de las mejores colonias de la Ciudad de México”.

En King, el país (Estados Unidos) tiene una deuda con sus habitantes (la población afroamericana), es decir, el país tiene que cambiar para que vuelva a ser el mismo y cumplir con sus propios ideales, los más arraigados del *american dream*: la igualdad y la hermandad.

En el futurismo ahistórico e individualista de Calderón, el horizonte no es la igualdad o la hermandad, sino la igualdad de oportunidades, dependiendo de la disposición de cada individuo. Aquí son los niños quienes se tendrán que transformar (“salir adelante”) para alcanzar a sus semejantes en “las mejores colonias” y hacer de México un país nuevo y moderno. México aspira a ser otro, a reinventarse, como si nunca hubiera existido ningún pasado de luchas ideales. No hay deudas ni culpas; no se nombra el racismo, sino las diferencias entre las zonas “mazahuas” o “mazatecas” y “las mejores colonias”, estableciendo así una escala de calidad socioeconómica entre lo indígena y “lo mejor”, lo evidentemente no indígena. Finalmente, hay una sutil y reveladora diferencia de cómo son usados los “niños” en cada uno de los hablantes: mientras que en King estos encarnaban inocencia, en Calderón son dispositivos de inversión educativa, de poder: “estudiar y salir adelante”.

Para el PRI la historia nacional es el respeto fundamental, básico, casi único. Se presenta como constructor de la patria, en sentido literal (“camino”, “carreteras”, etc.) y figurado (“creamos Estado y construimos instituciones”). El PRI parece decir: no somos un simple partido, somos la historia misma. “Somos responsables de la historia de la patria”, dice Paredes, lo que abarca toda la infraestructura del México de hoy en día, desde la Revolución, pasando por el Metro y la cultura, hasta las muchas décadas de historia política (Calles, Cárdenas, Colosio). Resulta revelador observar que se construye la historia revolucionaria como repertorio ambiguo, salvaje y con cierta dosis de barbaridad, que necesita ser domado y civilizado por un jinete poderoso: “Tuvimos la fuerza para dominar ese potro brioso que hizo cabalgando la Revolución” (Paredes).

En contraste con la mano panista y los puños perredistas, acá se intuye otra noción de corporalidad, más de cuerpo entero, lo que se transmite desde el contacto físico de Madrazo con los seguidores sobre la pasarela,²² también en el refrán “brazo con brazo, todos con Madrazo”, y finalmente en el campo metafórico de la salud y la enfermedad: el candidato que va a curar las “heridas y enfermedades”, entre ellas la de la “fiebre amarilla”.

²¹ Agradezco especialmente a Jordan Treviño por habernos recordado el texto original de King y sus extraños paralelismos con Calderón.

²² “Hacer cuerpo”, lo llama Hélène Combes en su contribución en este mismo libro.

TRES HOMBRES Y (NING)UNA MUJER: EL GÉNERO DE/EN LA PALABRA PÚBLICA

Es un lugar común constatar que el escenario de lo público en México aún se construye sobre un imaginario de masculinidad que prevé para —y asigna a— la figura femenina determinados roles: de madre y primera dama, de representante de pasión y decencia, sensualidad y sensibilidad. Difícilmente es primer plano, difícilmente ocupando o disputando el lugar del caudillo-redentor, salvador de la nación, y casi nunca hablando en primera persona.²³ Los escenarios aquí estudiados no son la excepción. Sin embargo, resulta revelador explorar las variaciones en la escenificación de un mismo *leitmotiv*: el poder del político-hombre se construye sobre el soporte de la presencia semiótica, pero en ausencia discursiva, de lo femenino.

El caso más evidente y tal vez más previsible es el del conservador Felipe Calderón. En voz de una joven animadora producto de Televisa, lo presenta así: “el marido que toda señora quisiera tener”, como “hombre responsable, un hombre preparado y muy trabajador”. Calderón entra al escenario, efectivamente, como padre de familia, seguido por su esposa y los dos hijos. Llama la atención un detalle que puede parecer casual y creo que no lo es del todo: la esposa en esta ocasión no se viste de “primera dama” —en deliberada diferenciación, se intuye, de la esposa del antecesor Vicente Fox—, sino que lleva en su hombro un rebozo casi informal, de color azul por supuesto, como de “mujer de pueblo” o “ama de casa”. Acto seguido, Calderón pasa a tomar el micrófono y la palabra, dejando a partir de ese momento a su mujer detrás, quien desciende del escenario. No está a su lado, parece ser el mensaje, no va a ocupar el espacio de la palabra. Es sólo Calderón quien en este momento deja de ser padre de familia para convertirse en una suerte de patriarca de “mano dura”. En los videos que enmarcan el escenario se evoca a las mujeres como depositores de valores universales, son ellas las “más educadas” o “la pasión de México”. Es el clásico recurso del discurso conservador: elevar para evitar, o tratar, ver de frente. Mientras, en la cancha se observa algo que, al menos a primera vista, parece entrar en cierta tensión con el arquetipo del pudor femenino: pequeños grupos de animadoras contratadas, en *top*, ombligo al aire y pantalones cortísimos, que atraviesan cual bailarinas exóticas el auditorio. En realidad no es ninguna disonancia, considerando que es justamente esa la polaridad del imaginario conservador de lo femenino entre madre, santa y prostituta.

En el escenario del priista Roberto Madrazo los poderes de género se distribuyen de manera considerablemente diferente: la animadora (bastante más “mujer” que la chica-Televisa) evoca abiertamente una diferencia de género sexuada (“Arriba las mujeres. Arriba los hombres. Puras viejas aquí...”) que subraya la supuesta masculinidad (“muchos pantalones”) encarnada por Madrazo. No hay escenificación familiar, la gran familia “somos nosotros, el PRI”. En consecuencia hay, a diferencia de sus competidores, presencia visible y escénica de mujeres políticas (Rosario Green y María de los Ángeles Moreno). Y aparece —a diferencia de los otros dos escenarios— una mujer hablante, de indudable y calcu-

²³ Hubo dos mujeres que se atrevieron a hablar en nombre propio, con aspiraciones de poder cada una y con diferencias abismales entre ellas, cuyos “casos” fueron ventilados en la opinión pública con la misma seña misógina y el desprecio siempre latente hacia las mujeres del poder, independientemente de sus contrastantes inclinaciones políticas: a una, la conservadora Martha Sahagún, la frenaron antes de que pudiera alcanzar un poder formalizado; de la otra, la izquierdista Rosario Robles, se celebró, con cierto deleite, su estrepitosa caída política.

lada presencia discursiva: Beatriz Paredes, como ya se dijo, la intelectual vestida de huipil, capaz de cubrir el espectro de la mexicanidad desde la “alta cultura” (hablando de Octavio Paz) hasta las culturas indígenas.

Resulta paradójico: una mujer fuerte, de cuerpo, palabra y capitales políticos, que a la vez encarna una imagen de feminidad domesticada, entregada y sometida a las causas del partido y su candidato, Roberto Madrazo. Éste fue, como todos saben (un saber contextual central para medir el efecto semiótico que tiene), su anterior competidor en la precampaña por la candidatura. No obstante, en esta escena, Beatriz Paredes ya no compite, sacrifica su poder semiótico a una causa superior, se convierte en mujer inalcanzable y en cierto sentido asexuada, una voz cuya principal y única función es legitimar el *nosotros*. No habla sino una sola vez en primera persona, no asume su yo público, aun siendo candidata a jefa de gobierno del Distrito Federal, que obviamente no fue su principal función discursiva en esa tarde en la Plaza de la República. Sin embargo, lo que se antoja como una suerte de humillación en público, a segunda vista bien puede parecer una sutil y sofisticada maniobra discursiva de acumulación política: el aparente sacrificio, poner a disposición del “macho” sus capitales intelectuales y culturales de los que éste ni lejanamente dispone por cuenta propia, dejando así su figura intacta para futuras maniobras.²⁴

Andrés Manuel López Obrador no cabe en ninguno de los dos esquemas: no es el macho mujeriego ni el padre de familia, tampoco en su variante abuelo-patriarca. Su actuación es austera en cuanto a los deseos terrenales, casi de castidad política. Aparece como sacerdote, casado no con Dios pero sí con “el pueblo”, con toda la pasión dirigida hacia “la patria”. Se observa una relación cuasilibidinosa entre pueblo y candidato, de intimidad, confianza; una especie de contrato y compromiso amoroso (“mi gallo”, “mi viejo”). Siendo este el escenario, queda claro que no puede haber ninguna fuga de libido y por lo tanto ninguna mujer a su lado, compitiendo con el “pueblo” como su gran amante. AMLO no puede ser, no es, hombre de carne y hueso, sino que se constituye como figura de celibato y promesa.

En consecuencia, en el escenario no se perciben “iguales” femeninos, del mismo rango o edad, ni en calidad de esposa ni de colaboradora cercana. Entre las que sí están presentes, en primera fila de aquel escenario de respaldo, son dos señoras mayores, representando cada una fuente de indudable legitimidad y capitales simbólicos: la escritora Elena Poniatowska, figura emblemática de la cultura comprometida, y Rosario Ibarra, lideresa de la lucha por los derechos humanos. Más que mujeres son íconos, sin efecto de libido, que contribuyen a aumentar el capital del hablante. Sobra decir que en ningún lado de la explanada se observan bailarinas semidesnudas; sólo conjuntos de mariachis, otra de las escenificaciones populares –y masculinas– del folclor.

CUERPOS, VOCES, RESONANCIAS

Para profundizar más sobre la configuración del espacio discursivo que se crea ahí en la plaza, en el estadio o el monumento, la interacción y resonancia entre los cuerpos y voces presentes, sería de

²⁴ El hecho de que ya figuraba como presidenta del partido, desde febrero de 2007, nos indica claramente el rumbo de estas ambiciones.

mucho interés –como saber contextual– cruzar datos acerca de cuáles son sus perfiles sociales²⁵ y cuál es su perfil de militancia y relación con el partido.²⁶ ¿De dónde vienen, social y políticamente? ¿Quiénes son los que están haciendo acto de presencia en la plaza? En el marco de este ensayo me limitaré a apuntar algunas maniobras y posturas discursivas que me parecieron dignas de mayor atención; no son propiamente resonancias, sino más bien enunciados por su cuenta, emitidos desde mantas, gargantas o playeras.

El espacio de AMLO se caracteriza, como ya se dijo, por una relación expectativa cuasi libidino-sa entre auditorio y templete. Ello se confirma desde los ahí presentes; algunos, en un planteamiento nada simulado: “te amo” dicen confiados los carteles, o más breve aún: “AMLOVE”. Es una relación de confianza, expectativa (“no me falles”) y cariño, de cierta horizontalidad incluso, entre yo y tú “eres mi gallo” o “mi viejo”, o incluso la denominación que mayor proximidad indica: “carnal”. López Obrador, el Peje, está presente como figura y figurita, incluso en el diminutivo semiótico, como muñeco de Niño Jesús. Se insiste en la calidad de este *nosotros*, como una comunidad diversa y temporal de “no acarreados”, en la cual se articulan aparte de las camisetas estandarizadas –un sinnúmero de grupos específicos, no institucionales, como por ejemplo la “Revolución Blanca”–, desde una relación no orgánica con el candidato. Ante la campaña de medios y empresarios satanizando a López Obrador como “peligro para México”, se invierte retóricamente la figura del peligro, convirtiéndola de amenaza en atracción. Dice una playera negra: “Somos de Neza. Nos gusta el peligro, por eso estamos contigo”; otros corean: “Nos gusta el peligro”. En general, el recurso de la inversión es uno de los más eficaces en la retórica política: “Manos limpias, uñas largas” es otro ejemplo, ahora revirtiendo la metáfora preferida del panismo.

En el caso de Calderón no se perciben en primer lugar libido o cariño, apenas curiosas metaforizaciones: “Felipe político todo terreno - ideología y mística PAN”, reza una manta: la metáfora maquinista, el político como *jeep*, la máquina arranca y resuelve. Aunque se repita el refrán “pasión” en mantas y banderas, la atmosfera discursiva carece de cachondez, hay una cierta esterilidad, probablemente también por la omnipresencia de “manos limpias”, lavadas. Pero principalmente, esa energía que se desata es la negación extremadamente agresiva del adversario Andrés Manuel López Obrador, a quien en el templete no se nombra expresamente, y en la cancha y las gradas del auditorio es nombrado obsesivamente, ridiculizado y caricaturizado. El Peje, el que amenaza con limosas frases y populismos, el que no sabe jugar (“no te enojas, vas a perder”), el “Pinocho” que engaña (“mentir es mi fuerza”), pero sobre todo el gran peligro para la patria.

Pareciera que aun en el imaginario de sus adversarios, este peligro se asocia con un gran atractivo. En una playera se advierte una “boda terrorista” entre Marcos (de novio) y López Obrador. Es curioso el subtítulo porque parece suponer que a pesar de todo esta pareja imposible –y en evidente divorcio, en la vida real de la izquierda, si se quiere seguir la metaforización– podría adquirir un poder seductor irresistible: “¿este gobierno quieres?”, como si el votante ya hubiera dicho que sí, y el PAN apelara a su razonamiento. En términos semióticos, la playera –una de las pocas no estandarizadas, que

²⁵ Véase la contribución de Ricardo Torres Jiménez en este libro.

²⁶ Véase el análisis de Hélène Combes en este libro.

juega una técnica del *collage*— es una joya: no sólo porque concreta tanto a AMLO como a Marcos con el campo del “terrorismo” —lo que provoca un efecto de exceso o “histeria discursiva”, ya que este es un término prácticamente inexistente en el vocabulario de la política interior de México, que ni los más declarados enemigos del EZLN usan—, sino también porque los conecta entre sí, ignorando deliberadamente los abismales desencuentros entre uno y otro. Finalmente, hay otro mensaje sublime, pero no descartable: la imagen muestra una boda gay, de dos hombres, siendo López Obrador al que le toca el papel de “vestida”.

SALIDA Y SEGUIMIENTO: MÁS ALLÁ DE LA PALABRA

Como se advirtió al principio, exploramos aquí un proceso semiótico sólo en su dimensión textual, discursiva en tanto verbal, comprobando que, efectivamente, siendo generosos en una conceptualización amplia de la etnografía, se puede etnografiar lo dicho. Sin embargo, dijimos también, el espacio semiótico abarca más y se construye de más dimensiones, siendo el texto sólo uno de los ejes significantes, al lado de la dimensión espacial, la imagen, la actuación de los medios, el imaginario y testimonio de los participantes. Sólo el conjunto de registros y sus enlaces analíticos nos lleva a construir una descripción lo suficientemente densa de lo que pasa en la plaza: no se puede prescindir de un estudio de la materialidad espacial de este escenario, de las visualidades que ahí se crean, de la configuración de quienes están y hablan ahí, el contexto mediático que contribuye a la creación de este espacio electoral. Y viceversa: imagen e imaginarios, medios que tienen y están configurados y atravesados por sus “entrañas” discursivas. No se trata entonces de una mera bienvenida complementariedad, sino que es indispensable ampliar la mirada e incluir otros ángulos: sólo así podemos aspirar a comprender el significado de cómo se entrelazan plaza y palabra, cultura, política y poder.

Todo ello no trasciende necesariamente lo discursivo; lo amplía y lo contextualiza. Constar que la ciudad o la plaza es un texto a descifrar, un lugar común en las ciencias culturales, sólo adquiere sentido si entendemos por texto una textura de (muchas) más capas y dimensiones, que se expande en el tiempo (historia) y en espacio (geografía), y que genera sus propias corporalidades. Por ejemplo, la relación entre plaza, cuerpo y discurso nos permite múltiples lecturas. La plaza en sí emite un discurso de la presencia, podríamos decir que es el cuerpo de la ciudad, donde la ciudad se toca, donde respira y se vive a cielo abierto. A la vez, cuando hay mitin o cierre de campaña, éste emite un discurso de la presencia del cuerpo. Y este discurso produce una experiencia social específica, la de ver y reconocerse como “pueblo”,²⁷ no en su totalidad por supuesto, ni tampoco en representación de “los pobres” o “la nación”, sino constituido temporalmente por los ahí presentes, una multitud de cuerpos desconocidos entre sí, que se juntan, se exponen a la mirada pública, dicen algo con su “estar ahí”, independientemente de lo que digan sus mantas, gargantas o micrófonos. El pueblo sería entonces esa comunidad temporal, frágil y fuerte a la vez, que va y viene, se junta, se diluye y se vuelve a juntar.

²⁷ Esa idea se la debo a Eduardo Rinesi, quien formuló para la Plaza de Mayo en Buenos Aires lo siguiente: “[...] la plaza no es política porque en ella se “expresa” o articule “políticamente el ser social verdadero de un sujeto [...] sino porque en ella se constituye la misma realidad [...] de sujeto popular [...] En efecto, el pueblo no “está” en ninguna otra parte más que exactamente allí, en la plaza [...] no porque el pueblo haya “ido” ahí, sino porque es precisamente ahí, en la plaza, donde el pueblo se construye como pueblo” (prólogo en Lerman, 2005, p. 12).

Barthes, Roland (1987), *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Buenos Aires, Paidós.

Braig, Marianne y Anne Huffs Schmid (2007), *Los poderes de lo público: conceptos, espacios y actores en América Latina*, Frankfurt/M, Vervuert (2009).

Bührmann, Andrea, Rainer Díaz-Bone, Encarnación Gutiérrez Rodríguez, Gavin Kendall, Werner Schneider y Francisco J. Tirado (eds.) (2007), “De la teoría del discurso de Michel Foucault a la investigación empírica sobre el discurso. Tendencias y prácticas metodológicas”, en FQS/Forum Qualita Social Research, número especial de la revista electrónica: http://www.qualitative-research.net/fqs/fqs-s/inhalt2-07-s_p.html, visitado el 10 de julio.

Carbó, Teresa (1984), *Discurso político: Lectura y análisis*, México, CIESAS, Cuadernos de la Casa Chata.

_____ (1995), *El discurso parlamentario mexicano entre 1920 y 1950*, México, CIESAS, El Colegio de México.

_____ (2002), “Investigador y objeto: una extraña/da intimidad”, en *Revista Iztapalapa*, año 23, julio-diciembre.

_____ (2001a), “Tocar el lenguaje con la mano: experiencias de método”, en *Revista Latinoamericana de Estudios del Discurso (ALED)*, 1(1), México, D.F., agosto.

_____ (2001b), “Regarding on a Methodological Approach”, en *Discourse & Society*, Londres / Thousand Oaks, CA / Nueva Dehli, Sage Publications.

Dijk, Teun Adrianus Van (coord.) (1997a), *Discourse as Social Interaction*, Londres, Sage Publications.

_____ (1997b), *Discourse as Structure and Process*, Londres, Sage Publications.

Foucault, Michel (1999 [1971]), *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets.

Guillén Vicente, Rafael Sebastián (1980), *Filosofía y educación, prácticas discursivas y prácticas ideológicas*, manuscrito de la tesis de licenciatura en la Facultad de Filosofía y letras de la UNAM, México,

Gruber, Helmut (1997), “The Rhetoric of Trivialization: The Coverage of Right Wing Extremism and Neonazism in Austria’s most Read Tabloid”, en Bloommaert, Jan y Chris Bulcaen (coords.), *Political Linguistics*, Amsterdam, John Benjamin.

- Jäger, Siegfried (2007), "Discourse and Knowledge"/"Towards an Extremism of the Centre in Germany. A Discourse-Analytical Approach", manuscritos en <http://www.diss-diusburg.de/Internetbibliothek/Artikel>, 1995, visitado el 10 de julio.
- Hodge, Robert y Gunther Kress, (1993[1979]), *Language as Ideology*, Londres/Nueva York, Routledge & Kegan Paul.
- Huffschmid, Anne (2007), "De los cuerpos al *corpus*. Una experiencia investigativa en torno al discurso zapatista y sus ecos en el mundo", en *Revista ELA, Estudios de Lingüística Aplicada*, CELE/UNAM, pp. 83-114.
- _____ (2004), "¡Ya! y ¡Ya basta!: acerca del performance discursivo de Vicente Fox y del EZLN", en Maihold, Günther (coord.), *Las modernidades de México. Espacios, procesos, trayectorias*, México, Cámara de Diputados, LIX Legislatura.
- Lakoff, George y Mark Johnson (1980), *Metaphors we Live By*, Chicago/Londres, The University of Chicago Press.
- Lerman, Germán D. (2005), *La plaza política. Irrupciones, vacíos y regresos en Plaza de Mayo*, Buenos Aires, Colihue.
- Link, Jürgen (1989), "On Collective Symbolism in Political Discourse and its Share in Underlying Totalitarian Trends", en Schürmann, Reiner (coord.), *The Public Realm. Essays on Discursive Types in Political Philosophy*, Albany, State University of New York Press.
- Link, Jürgen (1991), "Fanatics, Fundamentalists, Lunatics and Drug Traffickers-The New Southern Enemy Image"/"Maintaining Normality: On the Strategic Function of the Media in Wars of Extermination", en *Cultural Critique*, núm. 19.
- Trew, Tony, Roger Fowler, Bob Hodge y Gunther Kress (1983), *Lenguaje y control*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
- Verón, Eliseo (1987), *Construir el acontecimiento*, Buenos Aires, Gedisa Editorial.
- _____ (1996), *La semiosis social: fragmentos de una teoría de la discursividad*, Buenos Aires, Gedisa Editorial.

¹ Aquí se enlistan sólo aquellas referencias accesibles en castellano o inglés.

Capítulo 9

APUNTES HACIA UNA ETNOGRAFÍA TRANSDISCIPLINARIA: LEER EL ESPACIO, SITUAR EL DISCURSO

Anne Huffschmid y Kathrin Wildner

1. “YO VEO LO QUE TÚ NO VES...” APERTURA

Hay un juego de niños en Alemania, quizá también en otras latitudes, que consiste en algo muy sencillo: de entrada, los jugadores se reúnen en algún lugar y miran a su alrededor, sin ningún tipo de restricción. Al que le toca escoger algún detalle, empieza a retar la mirada de los demás diciendo “yo veo lo que ustedes no ven y es...”, indicando apenas el color. A partir de ahí, los competidores empiezan a enfocar su mirada, tratando de adivinar y decir —entre la inmensidad de detalles, en todos los planos y dimensiones, que les rodea visualmente— qué es exactamente lo que esta persona quiso ver.

No se trata aquí, por supuesto, ni de adivinanzas ni de competencias. Pero sí de un juego de miradas, de cómo enfocamos nuestro campo visual en la observación de un “objeto de estudio”, cuáles son las ópticas analíticas que empleamos según el terreno metodológico y teórico en el que nos ubicamos. Y, sobre todo, hacer conciencia de que en un solo “objeto” todos veremos cosas distintas, dependiendo del ángulo y del lente escogido. Cada decisión de “enfocar” y “encuadrar” deja fuera un abanico de otras dimensiones. ¿Qué pasa entonces si sobreponemos nuestras miradas? Pues seremos capaces de ampliar nuestro campo visual, detectar más detalles y ver a mayor profundidad. Y si vamos un poco más lejos y nos dejamos contagiar por la mirada del otro, ¿encontraremos no sólo *más* detalles, sino también *otros* sentidos al “fenómeno” observado? Creemos que sí y de ello se tratan estos apuntes.

Parece —y de hecho lo es— un lugar común constatar que un objeto de estudio como “la ciudad” abarca una infinidad de dimensiones observables, como también “la cultura política” o “el espacio público”. Un terreno de investigación como los estudios urbanos es en sí un lugar

atravesado por múltiples perspectivas disciplinares. Ello se reflejó fielmente en la composición multidisciplinaria de nuestro VI Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, durante el verano de 2006, donde nos reunimos sociólogos, etnólogos, antropólogos visuales, politólogos y estudiosos del lenguaje, cada uno con sus objetos y métodos específicos de mirar. Este ensayo representa precisamente un esfuerzo por pasar de lo multi a lo interdisciplinario, como esa manera de relacionar y complementar las miradas de cada quien. Pero también quisiéramos dar un pequeño paso más y meternos en el complejo terreno del “contagio” analítico, desde –o más bien, hacia– una perspectiva *transdisciplinaria*: ¿cómo se modifica nuestra mirada si le implementamos algunos “enfoques” y “encuadres” del otro, a partir en nuestro caso de las categorías de *espacio* y *discurso*?

Partimos de la premisa de que ambas categorías en los hechos se compenetran mutuamente. No es posible pensar el *espacio* sin su dimensión discursiva, sin el abanico de mensajes que emite y que lo significan. Y por su parte, el *discurso* no se despliega en la nada, sino siempre en una espacialidad multidimensional. No estamos tratando, entonces, con una estructura binaria en la que el espacio es el contenedor (digamos la forma) que será llenado por el discurso (digamos el contenido). El reconocer la inseparable compenetración de ambas categorías no impide, por supuesto, que como investigadora tome decisiones de “mirar por separado” tanto la productividad discursiva como la producción de espacios, según las formaciones, disciplinas e intereses de cada quien. Así lo hemos practicado quienes esto escribimos durante largos años: Kathrin Wildner en su exploración etnológica del Centro Histórico y otras texturas urbanas (Wildner, 2005), y Anne Huffs Schmid en su investigación sobre estrategias y culturas discursivas de movimientos sociales como la guerrilla zapatista (Huffs Schmid, 2004). En esta misma publicación, ambas autoras presentamos nuestros respectivos enfoques “por separado”, a partir de nuestras propias etnografías del espacio y de “lo dicho”. No obstante, en este capítulo, aún breve espacio, quisiéramos plantear algunas ideas e interrogantes sobre cómo asociarlas.

2. ESPACIOS DISCURSIVOS, DISCURSOS DEL ESPACIO

En el centro de nuestra exploración cruzada está el interés por la constitución, la percepción, apropiación y “producción” de espacios y de sentidos a través de diversas prácticas significantes, discursivas y no discursivas. ¿Cómo son usados, reapropiados, los espacios discursivos y los discursos del espacio, en ese proceso de semiosis social en el que emergen nuevas espacialidades, poderes y capitales discursivos? Como ya dijimos, concebimos el *espacio* no como contenedor, sino como tejido o red de relaciones, que bien puede tener su anclaje en un lugar físico, pero no necesariamente. Un espacio sin delimitaciones dadas, sin techo ni suelo. En relación con el espacio urbano estaríamos hablando de los niveles materialidad, interacción social, representación y discursos (Lefebvre, 1990; Löw, 2001),¹ niveles entrelazados y compenetrados entre sí. El espacio puede materializarse en forma de un espacio construido, edificios, plazas y arquitectura; a la vez, concebimos espacios inmateriales, en forma de imaginarios, esfera pública y política, una comunidad temporal o el espacio virtual del *cyberspace*. Ambas

¹ Véase para las bases teóricas y metodológicas, el capítulo “Los tres espacios...”, de Kathrin Wildner, en este libro.

dimensiones espaciales están atravesadas por configuraciones discursivas: el espacio construido es el resultado de un proceso de negociación, o lucha de poder, que se articula también discursivamente; y el espacio temporal o imaginario puede ser concebido como un efecto también discursivo, o semiótico, creado por procesos significantes.

El *discurso* tampoco está dado por sí mismo, sino como producto de prácticas discursivas, en pasado y en presente. Es decir, el discurso genera el mundo del cual se está hablando en la medida que le dota de sentido y de poder. Nos referimos al conjunto de los textos, los repertorios, las reglas del habla y los conceptos metafóricos que integran un campo temático, el conjunto de “lo decible”, conectados entre sí a través de flujos interdiscursivos² (los medios, el habla político, la producción cultural). Estos se entretajan con otros sistemas semióticos, el icónico por ejemplo, para formar imaginarios o narrativas, no inscritos en un solo orden discursivo, sino coexistiendo o incluso compitiendo entre sí. En el caso de la Ciudad de México, por ejemplo, coexisten las narrativas de la ciudad histórica con fundamento azteca, la capital moderna como escenario de las representaciones nacionales, la metrópoli como laboratorio de la posmodernidad o la megalópolis desbordada, “posapocalíptica” y fuera de control. Estas narrativas se nutren de distintos repertorios, no pocas veces en tensión entre sí, y no pueden ser concebidos como cerrados o estáticos. Al contrario, justamente los actores políticos invierten gran parte de sus energías y recursos para intervenir en estas disputas semióticas, engancharse en narrativas e imaginarios y pretender su transformación. Los tiempos electorales son tiempos de deliberada competencia discursiva.

Entendemos por *práctica discursiva* todas aquellas que llevan algún tipo de mensaje, no exclusivamente verbal, sino siempre relacionado con algún hecho de lenguaje. Los *efectos discursivos* se pueden materializar independientemente de alguna intencionalidad, a veces involuntarios o inconscientes y no necesariamente resultados de una práctica discursiva. Por ejemplo, si en uno de los cierres de campaña las personas compran sus impermeables, un acto sin ninguna aparente noción discursiva en sí misma, desde la recepción, ellas crean la imagen de una comunidad multicolor que resiste todos los obstáculos, hasta la lluvia, para poder estar con su candidato. Este es un efecto evidentemente semiótico.

En ningún otro lado el entretajimiento entre discursividad y espacialidad resulta tan evidente como en el espacio urbano. Éste se concibe como un conglomerado de relaciones y tensiones entre forma, práctica y discurso (Lefebvre, 1990; Harvey, 1993); un tejido complejo y dinámico entre lugares e instituciones, actores y actividades, experiencias y narrativas. A nivel físico, en el “entorno construido”, en la infraestructura y en la arquitectura de la urbe, se materializan historia, ideología y relaciones de poder (Rotenberg, 1993). Lo que aquí nos proponemos es explorar *cómo se produce lo público urbano* a través de sus dimensiones discursivas y espaciales.

Vale aclarar que los *espacios urbanos* no son en sí mismos públicos. Su carácter público (accesibilidad, apertura) es precisamente objeto y producto de la interacción social, del debate, competencia y pelea entre múltiples actores involucrados. Uno de los campos centrales de los conflictos urbanos hoy en día son justamente las luchas en las fronteras de lo público, las apropiaciones privadas más di-

² El concepto de “interdiscurso” se origina de la escuela teórica del lingüista alemán Jürgen Link; véase para las bases teóricas el capítulo “El texto en escena...”, de Anne Huffschnid, en este libro.

versas (desde inversionistas hasta ambulantes), las fragmentaciones y exclusiones en el tejido de la urbanidad. Lo mismo vale para lo que concebimos como *esfera pública* (*Öffentlichkeit*, en alemán), una “arena” –o más bien un conjunto de arenas– en disputa, atravesada por fragmentaciones y asimetrías, lejos de lo que desde una noción habermasiana se entendería como arena de consensuación (Braig/Huffschmid, 2009).

El espacio público y urbano es un espacio para la presentación y representación; los grupos sociales (comunidades, colectivos de corte social, político, cultural) se apropian de él para adquirir visibilidad (discursiva) y plantear sus causas en un escenario mayor. “A no ser, claro está –como dice Delgado–, de tanto en tanto a título de autofraude, como cuando ciertos colectivos usan el espacio público para ponerse en escena a sí mismos en tanto que tales, no porque existan, sino precisamente para existir, es decir, para intentar creer que la fantasía de poseer un sedimento identitario sólido está de algún modo bien justificada” (Delgado, 1999: 45).

¿Cuáles son los respectivos puntos de partida del análisis espacial y del discurso?³ El análisis espacial pregunta por el “espacio” que emerge en los lugares concretos en el marco de una escenificación temporal, como lo es un cierre de campaña; un espacio en el cual se manifiesta una identidad política que trasciende el evento concreto y nos remite a un espacio social más amplio. En un acercamiento etnográfico se propone la exploración de la materialidad concreta de lo construido, pero también de la acción e interacción realizada en él y la dramaturgia del evento. A su vez, la investigación discursiva explora cómo se acumulan, generan y emplean los capitales discursivos en el marco de un evento de abierta competencia discursiva-política (la relación con el poder y la legitimidad), cuáles son las estrategias discursivas y semióticas, cuáles las tensiones y efectos que ahí se generan. En relación con el espacio se pregunta de qué manera éste se convierte en caja de resonancia y escenario discursivo. ¿Dónde se tocan ambos enfoques, dónde podemos identificar posibles cruces y mutuos aprendizajes?

3. CRUCES: ESCENARIOS, PRÁCTICAS, CONTROL Y PODER

A continuación queremos explorar más de cerca las intersecciones entre ambos enfoques, tomando como punto de partida algunos ejemplos de los cierres de campaña de los tres grandes competidores electorales en ese verano de 2006, en tres lugares específicos de la Ciudad de México.

ESCENARIOS Y PUESTA EN ESCENA

De entrada, para poder enlazar espacio y discurso en el análisis, tenemos que identificar los respectivos lugares en tanto “escenarios físicos”, con sus características materiales, como también los “*settings* discursivos”, en sus usos urbanos y capas significantes (históricas, culturales, políticas) que se manifiestan y se entrelazan en el espacio material e inmaterial. ¿Qué hace del estadio futbolero, el “Estadio Azteca”; de la plaza, el “Zócalo”; y de aquella ruina monumental, el “Monumento a la Revolución”?

³ Véase para los procedimientos concretos de cada una de las vías analíticas, las contribuciones de Huffschmid y Wildner en este libro.

El Estadio Azteca, construido en los años sesenta, es una edificación asociada a la modernidad arquitectónica. Figura como uno de los estadios más grandes del mundo, ubicado no en el centro sino en la sureña periferia de la ciudad. Es un espacio restringido, más un adentro que un afuera, accesible sólo a través de las entradas controladas, y es de propiedad privada del consorcio mediático Televisa. No es entonces, en sentido estricto, un espacio público, sino uno privado que bajo determinadas restricciones se *abre al público*. Al realizarse ahí el cierre de campaña panista, el primer evento masivo político llevado a cabo en el estadio, se enlazan dos repertorios semióticos: el fútbol y la política, es decir, la política “se traduce” metafóricamente en términos de deporte y competencia.⁴

En cambio, el Zócalo, en pleno Centro Histórico de la Ciudad de México, es una construcción urbana asociada más bien a la tradición y la historia, en un sentido amplio. Es el origen mítico de la ciudad y el símbolo de la nación. Aquí se reproduce diariamente la vida cotidiana, al mismo tiempo que es el escenario de la representación oficial y política, con la bandera encarnando la misión nacional, el lugar de encuentro también para la oposición. La plaza se encuentra enmarcada por los edificios que la rodean, es un espacio abierto, un afuera absoluto, quizá el lugar más accesible —y por lo tanto “democrático”— de la ciudad; un lugar donde todo parece posible.

El Monumento a la Revolución y la Plaza de la República es un espacio asociado con un periodo específico de la historia mexicana: la construcción del México posrevolucionario, la Revolución institucionalizada por el PRI. Es una plaza abierta, pero enmarcada por una arquitectura de una funcionalidad específica, nada casual, que alberga las grandes organizaciones priistas (sindicatos, instituciones, etc.). El monumento gigantesco, para siempre inacabado, ubicado en la periferia del Centro Histórico, sin duda es un afuera, pero se queda al margen del tejido simbólico de la ciudad.

El concepto de *escenificación* es el que tal vez resume mejor y nos permite pensar la espacialidad y discursividad como un todo signifiante, no divisible entre sí. Si lo pensamos en términos de teatralidad, resulta evidente que el escenario (conceptualizado y también construido) no es separable del texto que ahí se “pone en escena”, tanto el libreto hablado como también la obra base, incluyendo dimensiones espacio-discursivas como la escenografía, los actores, iluminadores, los sonidistas, etc. El concepto metafórico del teatro incluso nos permite abrir más la óptica, tomando en cuenta también la misma “casa de teatro”, con su arraigo histórico y sus estructuras directivas y administrativas, y también el público, la resonancia mediática, las respectivas “reseñas”.

Veamos —en cada una de las escenificaciones— un elemento clave de cualquier teatralización política, que es la entrada: mirar cómo entran los protagonistas principales al escenario y se relacionan con las características espaciales de éste.

⁴ Hay datos contextuales importantes para este enlace: el hecho de que hoy en día Televisa establece alianzas económicas ya no sólo con el PRI, sino más bien con el PAN, y que también algunos jugadores del equipo nacional durante la campaña promovieron abiertamente el voto panista. Sin embargo, justamente un día antes del evento el equipo mexicano perdió el partido y quedó fuera del campeonato mundial, por lo que la escenificación panista recurrió menos de lo que hubiera esperado a la metáfora futbolera en términos de “ganar”, “equipo”, “espíritu de triunfo”, etcétera.

Felipe Calderón va bajando, literalmente, a través de los estrechos pasillos del estadio, no visible directamente para el público esperante, pero sí seguido por las cámaras de video. El escenario es una superficie plana y vacía en medio de la cancha, en forma de una gigantesca boleta cruzada, sin más atributos u objetos. De entrada, Calderón todavía camina un trecho en el borde del escenario, tocando manos de sus partidarios, seguido por esposa e hijos. Fuera de ese primer contacto físico, y en el momento de empezar a hablar, Calderón se queda solo sobre el escenario, y en constante movimiento desde un lado hacia el otro.

En contraste, el PRI instaló una larga pasarela del monumento hacia el escenario principal, atravesada entre los ahí congregados. Es una pasarela elevada, a la altura de hombres o cabezas, pero no constituye una barrera insuperable para hacer contacto con el candidato. Éste no sólo se inclina para tocar manos, sino permite también que algunas personas se suban a la pasarela, se deja tocar, hasta admite el abrazo; hay una intimidad corporal que contrasta con la esterilidad del PAN y que parece corresponder a una tradición priista de “hacer cuerpo”.⁵ El escenario como tal se delimita por una pantalla de video, que corta la mirada que uno virtualmente con el Centro Histórico. En primer plano hay arreglos florales; llegando ahí, Madrazo saluda a los otros oradores, quienes se retiran del podio para cedérselo a él, como lugar de habla.

Finalmente, López Obrador llega literalmente “desde abajo”, atravesando casi toda la plancha del Zócalo, en medio del pueblo ahí congregado, retenido por unas rejas. No llega a un escenario vacío, sino lleno de otros cuerpos expuestos, como telón de fondo viviente. Habían llegado unos 20 minutos antes de que arribara el candidato; algunas –pocas– caras conocidas, parados en tres o más filas, la mirada hacia el público, aplaudiendo pero no emitiendo palabra; una suerte de coro silencioso. El mensaje encarnando por esta presencia corporal –más de cien cuerpos juntos– parece ser múltiple: por un lado “no está solo”, en vista de las campañas de desacreditación y las críticas de la supuesta actitud caudillesca de López Obrador. Hay un efecto “democratizante”, de escenario compartido entre muchos, y también la exposición de quienes “dan la cara” en apoyo de López Obrador. Por otro lado, la presencia silenciosa, una suerte de *backup* o respaldo, parece contradecir la “democracia escénica” del primer efecto, confirmando el monopolio discursivo del candidato. El mensaje es doble: sí habla en nombre de todos nosotros, pero sólo él puede ocupar el lugar de la palabra.

Partiendo de la idea de que sólo la conjunción de discurso y espacio constituye el escenario, podríamos preguntar por los efectos de sentido si se dice lo mismo en tres diferentes *espacios*. Un ejemplo es la afirmación “ya ganamos”, empleada por cada uno de los tres candidatos como una suerte de mantra en su cierre de campaña, pero que en los tres adquiere un sentido muy distinto. En el Estadio Azteca el lema se sitúa en una especie de competencia político-deportiva (y con ello también en el contexto involuntario de la derrota futbolera del día anterior). Es una especie de porra: queremos ganar, podemos ganar, pero sabiendo que no la tenemos ganada aún, que son posibles las derrotas y que hay que esforzarse. En el Monumento a la Revolución el “ya ganamos” de Madrazo adquiere un sonido muy distinto: es coreado por los presentes con la relativa certidumbre de que *no ganarán*, al menos no estas elecciones. En una suerte de obstinación se reclama para sí el triunfo histórico, el monopolio de

⁵ Véase la contribución de Hélène Combes en el capítulo sobre “Tomar partido...”, en este libro.

la historia mexicana, aunque en el presente ya se haya perdido el monopolio de la victoria electoral. En cambio, el “ya ganamos” en el Zócalo se nutre de un espíritu casi opuesto: refleja la firme convicción de la plaza de que las elecciones prácticamente ya se ganaron. A diferencia del PAN, la competencia es declarada por terminada, ya no hay competidor a vencer. López Obrador —quien en ningún momento, en contraste con sus contrincantes, se quita el saco— habla como hombre de Estado.

PRÁCTICAS, APROPIACIONES, INSCRIPCIONES

Las prácticas urbanas adquieren muchas formas: por *prácticas espaciales* entendemos si las personas actúan en el espacio, se mueven o se sitúan en él, lo usan y con ello lo significan. Esto último sería la intersección con las *prácticas discursivas o semióticas*, en tanto prácticas significantes. Habría que distinguir entre dos tipos de prácticas discursivas que le asignan sentido a lo urbano: el hablar en la ciudad y el hablar sobre la ciudad. Nos referimos a las narrativas metropolitanas, por ejemplo. Partiendo de nuestra experiencia empírica, en este espacio enfocaremos lo primero. Concebimos entonces las prácticas urbanas como procesos de uso, apropiación y significación, como actuación generadora de espacio (*raumproduzierendes Handeln*). A diferencia del término “interpretación”, que equivaldría a la extracción de sentidos presuntamente ya existentes, preferimos hablar de *significación*, ya que es un concepto procesual que le asigna a los espacios un significado *en el acto*.

Cabe preguntar si las prácticas urbanas, siempre efímeras, se condensan en el imaginario y pasan a formar parte de la memoria del espacio y del lugar, cómo se inscriben en los lugares y cómo se materializan estas inscripciones. Son preguntas nada fáciles de contestar, ya que la mayoría de las inscripciones no se marcan física o espacialmente, con excepción tal vez de los sitios de memoria, como la Plaza de las Tres Culturas, donde una “práctica represiva” —la masacre del 2 de octubre de 1968— llevó a la construcción de una estela conmemorativa y condujo, en el curso de 2007, a la construcción de un nuevo memorial del 68. Pero en una plaza tan polivalente como el Zócalo es mucho más complicado constatar las inscripciones de lo acontecido o “practicado”, ya que la mayoría de ellas no dejan huellas visibles, más bien se inscriben en los imaginarios y estos a su vez inciden en las prácticas espaciales. Un ejemplo es la suposición de que el Zócalo fue apropiado tan intensamente por el gobierno perredista de la ciudad a través de todo tipo de prácticas culturales (conciertos, ferias de libros, etc.), pero también políticas, que los otros dos frentes electorales decidieron “ceder” en esta ocasión —y a diferencia del 2000— la plaza a López Obrador y no competir con el capital simbólico acumulado en ese lugar. Para comprobar esta hipótesis, y con ello el poder de las inscripciones imaginarias, se tendría que investigar más a fondo el contexto de las decisiones político-espaciales que tomaron los actores en cuestión. En todo caso, es interesante constatar que esa apropiación por el gobierno del Distrito Federal haya sucedido sin intervenir en la materialidad de la plaza, sin dejar huella tangible.

Sin embargo, los imaginarios y narrativas que constituyen el sentido de la plaza distan de ser unívocos. No es, por supuesto, sólo el gobierno de la ciudad el dueño semiótico de la plaza, sino también el gobierno federal, representado por la fachada del Palacio Nacional, y por la Iglesia católica, a través del bastión semiótico más poderoso, la catedral barroca. A la vez, el Centro Histórico, como contexto urbano del Zócalo, es resignificado por las prácticas de inversionistas privados, quienes bajo el lema de la

restauración empiezan a crear nuevas localidades para el consumo y la compra. Como proceso de *gentrification*, ello origina, inevitablemente, efectos materiales de reconfiguración espacial. Curiosamente, este proceso aún no alcanza al Zócalo, dónde el único cambio material fue la instalación de una nueva asta bandera, en 1996, tres veces más alta que la anterior. Aunque haya habido un par de convocatorias para la reestructuración de la plaza, bajo el gobierno de Cárdenas en 1998, ninguno de los cambios propuestos se ha realizado. Se podría deducir que esta no-intervención también corresponde a una decisión política espacial: mantener abierta la plancha como espacio libre, sin marca, como escenario en potencia.

Es muy probable que la materialidad del Estado Azteca tampoco sufra ningún tipo de modificación por el simple acto político. Pero es posible que la escenificación panista, la primera expresamente política en el estadio, haya dejado sus huellas en el imaginario de ese lugar. Para saber si efectivamente es el caso, se podría pensar en una encuesta cualitativa, de preguntas abiertas, sobre las ideas que las personas asocian con el estadio, o también sobre cuáles son los lugares urbanos más asociados con el PAN. Una encuesta así revelaría posiblemente el poco arraigo espacial de un partido como el PAN. Ello se debe, por un lado —así lo suponemos—, al perfil político relativamente bajo en el espacio público de la urbe, vinculado por supuesto al hecho de que la ciudad es gobernada por los adversarios políticos; y por otro lado, se debe también a la configuración social de su base social, de clase media y alta, con un uso limitado de lo que se concibe como espacio público. Un ejemplo de esto fueron los festejos de la victoria de Felipe Calderón en julio de 2007: los que festejaron “espontáneamente” no se movieron a pie, sino principalmente en coche, tocando el claxon y ondeando su banderita del PAN por la ventana.⁶

CONTROL Y PODER

Una práctica espacial importante es la del control, la vigilancia y la distribución del espacio. Ello se vuelve evidente en los controles de acceso, tanto en el Estadio Azteca como en el Zócalo, lo que aparte del controlar efectivamente a quienes entran al espacio conlleva a la vez un efecto semiótico: escenificar la “seguridad” como dispositivo para demostrar poder. Otros dispositivos de control tanto del espacio material como del imaginario del evento temporal son las rejas, las delimitaciones, los ejes de visibilidad. En estos dispositivos se articula el espacio con la categoría discursiva del poder.

El control no se concibe sin su contraparte, el descontrol, aquella parte incontrolable de cualquier evento cargado de una fuerte densidad semiótica. En el caso del PAN fueron, por ejemplo, las multitudes de personas que, habiendo hecho un enorme esfuerzo por llegar hasta el estadio, se quedaban fuera de las entradas aunque la capacidad del estadio no se haya llenado del todo. En cualquier caso, habría que considerar la posibilidad de que haya sido un efecto intencionado: escenificar un estadio desbordado. El evento más descontrolado, en términos espaciales, fue el cierre del PRI, cuando dos grupos empezaron a liarse a golpes por unas sillas, cuestionando así los controles dispuestos sobre la

⁶ Uno de los pocos lugares apropiados y significados por el PAN es el Ángel de la Independencia; antes, el espacio había sido asociado principalmente como club, un lugar para festejar las victorias —e incluso las derrotas— futboleras.

espacialidad del evento. Asimismo, fue notorio el esfuerzo considerable por controlar —es decir, sintonizar y homogeneizar— a los cuerpos y las voces de los presentes, cuando los animadores incitaban a mover los brazos de un lado hacia el otro, o a corear todos juntos ciertos eslóganes.

Pensamos que son sobre todo estos dispositivos de control, de fuertes cargas semióticas, los que hacen notar semejanzas estructurales en la constitución de los espacios políticos temporales por encima de las diferencias ideológicas entre las tres opciones electorales: la creación de una expectativa redentora, los esfuerzos por homogeneizar las multitudes, el lanzamiento de marcas políticas, entre otras.

4. ESPACIALIDAD Y DISCURSIVIDAD: DESAFÍOS CRUZADOS PARA LAS PRÁCTICAS ANALÍTICAS

¿Qué es el espacio para el texto? Un escenario en el cual se pone en escena un hecho textual y a la vez su caja de resonancia. Pero aun sin texto, el espacio es una configuración discursiva, cargada de capas de sentido que a su vez inciden en los efectos o las funciones discursivas del hecho textual, porque —como vimos— hay una enorme diferencia si algo está dicho en un lugar o en otro. Vimos también que no son separables entre sí las materialidades físicas, sociales y discursivas. Gran parte de la materialización espacial —a menos que sea producto de una devastación natural— es parte y producto de un proceso y una interacción social y por lo tanto discursiva. Dicho en otros términos: la decisión de si en el Zócalo se plantan árboles o no es el resultado de una negociación política, urbanística y por ende discursiva.

Queremos averiguar cómo se compenetran, en los casos estudiados, las dimensiones discursivas y textuales. ¿Cómo incide el espacio en los efectos del discurso, cómo se inscribe el discurso en el espacio? ¿En qué contribuyen los enunciados textuales y otras prácticas semióticas a la configuración discursiva de un espacio? Y nos planteamos otra pregunta: ¿los lugares hablan, (sos)tienen un discurso? Creemos que los lugares en sí, aunque estén configurados discursivamente, no “hablan”. Los que sí “hablan” son los nuevos espacios surgidos a partir de las prácticas observadas y registradas. ¿Qué implica todo esto para las prácticas analíticas, para poder “leer” los espacios y “situar” los textos? ¿Cómo podemos cruzar los métodos y hacia dónde, hacia qué tipo de aprendizaje nos llevan estos cruces?

REGISTROS, OBSERVACIÓN, LECTURAS

Si algo tienen en común el “espacio” y el “discurso” en el sentido que aquí esbozamos, es que no son “visibles” a simple vista; son entidades abstractas, nada evidentes por sí mismas. Lo que sí podemos registrar es una gran cantidad de elementos que integran el espacio y también las texturas del texto. Estas características y fragmentos los debemos registrar sistemáticamente. Aunque parece obvio que el punto de partida de todo análisis es la “simple” e incondicionada observación de los hechos, ésta en realidad ya se marca por una serie de disposiciones previas acerca de cuáles son los rasgos de las materialidades textuales y espaciales que se van a observar y registrar.

Una precondition para la observación etnográfica es la capacidad de ubicar y revisar constantemente el propio *point of view*, de hacer conciencia del ángulo de la mirada propia, desde dónde estamos leyendo y observando, nuestro arraigo tanto biográfico como también en los repertorios metodológicos y teóricos que marcan nuestro territorio base. Esta “auto-ubicación” sirve para transparentar el hecho de que no hay tal cosa como la observación objetiva, pero que tampoco estamos expuestos del todo a las arbitrariedades o casualidades. Se trata de explicitar qué y por qué hemos escogido determinada mirada y determinadas categorías.

Creemos justamente que de esta “actitud etnográfica”, concebida como disposición de revisar las premisas del propio mirar subjetivo, se podría aprender para el análisis de lo discursivo. Porque en cierto sentido la lectura también es un ejercicio que nos exige explicitar un *point of view* como punto de partida para descifrar los efectos de sentido, incluyendo efectos de asombro y extrañamiento, en contra de las suposiciones estructuralistas acerca de los automatismos semióticos intrínsecos en las estructuras del lenguaje.⁷ Será siempre la propia observación, de texto y espacio, la primera caja de resonancia de posibles efectos de sentido.

Lo que sigue después de esta observación sistemática-selectiva es la *descripción* de lo observado, armar una suerte de registro. En el procesamiento de este registro ambas prácticas analíticas se parecen y a la vez se distinguen. El corpus de los datos espaciales (registrados a través de maniobras de “flaneo”, observación sistemática, cartografía, entre otros) es primero descrito y luego interpretado en un contexto más amplio, por ejemplo, la materialidad de un edificio o una plaza que nos permite concluir acerca de la función de este edificio o esta plaza. El análisis del discurso sí registra lo textual, pero no conoce en sí una descripción neta de lo discursivo, sino sólo distintas maniobras de lectura, como práctica significativa, con distintas ópticas y niveles de profundidad. Estas lecturas nos permiten la construcción, primero de un acervo (más amplio, una especie de “flaneo” asociativo por el universo textual), y luego de un corpus, resultado ya de una lectura mucho más sistematizada y sistematizante. En términos de productividad epistemológica valdría la pena preguntarnos cuáles son las limitaciones o los puntos ciegos de cada enfoque y dónde se podrían complementar.

El análisis del discurso como análisis textual observa la configuración de lo dicho. Puede detectar cómo la semiosis social se manifiesta y se materializa en la escena de lo verbal. Explora las prácticas discursivas y –más allá de lo verbal– semióticas que se realizan en un espacio, la palabra pública en este caso. Puede abarcar también cómo los hablantes se refieren a este espacio y en el capital simbólico acumulado en él. Lo que no ve, al menos “no a primera vista” (y tal vez nunca) es cómo este texto se sitúa en su entorno espacial, cómo y de qué se constituyen estos capitales simbólicos, incluyendo las prácticas no-discursivas, cómo incide el hablar en el espacio. No dispone en sí de instrumentos para la lectura de lo espacial y lo multidimensional. Asimismo, la mirada del analista del discurso se enfoca hacia la *palabra pública*; en un cierre de campaña ello equivale a las escenificaciones discursivas desde arriba, la palabra del candidato y demás oradores, y también la auto-presentación de los grupos ahí congregados. Lo que no se registra de esta manera es la relación interactiva de cómo es recibida la escenificación de arriba por “los de abajo”. Sólo se registra como una especie de reflejo (aplausos, interrupciones),

⁷ Véase Carbó (2001: 66) y Huffschmid (2007).

pero no como interacción discursiva. Para poder abarcar esa relación —que incluye toda una gama de expectativas, tensiones y desilusiones— se requiere de la observación etnográfica de reacciones y actitudes entre los oyentes (atención, aburrimiento, enojo, etc.) y también de la interacción directa, no pública (a través de entrevistas *in situ* o posteriores); en este último registro se estarán generando materiales textuales que luego podrían muy bien ser explorados en sus texturas lingüísticas y discursivas.

Una lectura cualitativa de lo discursivo sólo registra o describe aquello que es enmarcado por alguna suposición o hipótesis sobre el funcionamiento del lenguaje. No se trata, por ejemplo, de contar cuántas veces se dice “nosotros”, sino más bien cómo este “nosotros” está semantizado en cada uno de los casos, cuáles son las constelaciones de sentido posibles de esta figura pronominal. A lo largo de las primeras lecturas, y también gracias a los saberes contextuales —tanto generales (culturales) como específicos (circunstanciales)— se van formando estas suposiciones que nos servirán como óptica analítica para lecturas más cercanas. Por un lado, aspiramos a un registro minucioso de lo dicho (partiendo de que nada de ello es casual); por el otro, en las mismas lecturas de registro ya se generan algunas ideas acerca de sus posibles efectos semióticos.

En cambio, podríamos denominar como procedimiento etnográfico y por lo tanto inductivo a una postura que se propone el registro de marcas y características sin que ello implique necesariamente alguna hipótesis acerca de posibles constelaciones de sentido. El punto de partida del quehacer etnológico cualitativo es precisamente el no saber, el no entender (aún) lo observado, lo que facilita abrir la percepción hacia toda marca no descifrable, y sin sentido (*senseless*), a primera vista. De lo que se trata es registrar, con todos los métodos disponibles, todo lo que está ahí, incluso más allá de lo que se antoja significativo a primera vista: registrar no sólo, por ejemplo, la presencia de bocinas (evidentemente importantes en un acto político), sino también edificaciones tan marginales como lo pueden parecer los sanitarios públicos. Como ya se dijo, este registro sistemático no carece de disposiciones previas, producto de otros métodos asociativos, que buscan reconstruir la perspectiva subjetiva de los actores, su percepción del espacio y sus significados; aparte de *flaneos*, *mental maps* y *freelists*, ahí también figuran las observaciones subjetivas de la propia investigadora, para poder identificar un corpus de lugares, preguntas y miradores.⁸

Desde esa perspectiva abierta —e inductiva—, por un lado se plantea la pregunta hacia el análisis de discurso sobre cómo sus categorías, hipótesis y resultados pueden relacionarse, y en su caso revisarse, con la subjetividad de los actores; ¿cómo sabe el análisis de discurso que las categorías analíticas y los efectos semióticos detectados son efectivamente compartidos por los actores en juego? Una posible solución etnográfica podría consistir en el regreso al mismo lugar: de probar los resultados de las primeras lecturas en una segunda ronda investigativa, tanto en interacción con los actores (no necesariamente los mismos) como también con las materialidades del corpus.

Por otro lado, el del análisis del discurso que no acepta una distinción tan nítida entre descripción y análisis, se cuestiona la relación entre una descripción cuantitativa y la lectura cualitativa de un

⁸ Véase Wildner (2005, 2003).

hecho espacial. Es decir, ¿cómo conceptualiza la exploración etnográfica del espacio todos los saberes contextuales que influyen en la configuración de esa nueva espacialidad emergente? ¿Dónde termina el registro y cuándo empieza su lectura analítica?

Ciertamente un registro abierto presupone una serie de disposiciones, por ejemplo, categorías para la observación sistemática, que sin embargo deberían ser y mantenerse ampliables. Tanto en el registro como tal, así como en la codificación posterior de los materiales, se detectan efectos impredecibles. Un solo y simple ejemplo: en los registros espaciales del Estadio Azteca aparecía frecuentemente la mención de la escasez de baños para mujeres, de modo que se formaban largas filas de mujeres esperando su turno. Se hubiera podido identificar de antemano este tipo de lugares (sanitarios) como un lugar significativo, basándose en la suposición de que probablemente justo ahí se negociaba el sentido de la escenificación política, mujeres entre sí, sin la presencia de comentaristas masculinos, esperando, sabiéndose no observadas, en un lugar relativamente íntimo y a la vez de acceso público. Sobre esta “hipótesis etnográfica” se hubieran elegido los sanitarios para mujeres como uno de los puntos estratégicos de observación. No es la dimensión cuantitativa (cuántos baños) lo esencial, sino más bien la relación entre sanitarios y asistentes. Sólo la escasez genera la fila y por lo tanto un espacio comunicativo observable.

Este ejemplo nos enfrenta con las dificultades de una etnografía temporal, de eventos y escenificaciones efímeras, irrepetibles, de un solo día. Como una de las características esenciales de la exploración etnográfica, se ha definido precisamente como condición el volver sobre un lugar, continua y repetidamente, como secuencia de probar, revisar, redefinir constantemente las premisas y categorías del mirar. Si en nuestros recorridos sistemáticos por la materia logramos identificar lugares significantes, donde “pasan cosas”, sin que lo hubiéramos esperado, tendríamos que variar el ángulo de la mirada, pasar del registro cuantitativo desde una “perspectiva de pájaro” al acercamiento radical y la penetración de las estructuras internas del lugar o de la situación. En el análisis de discurso este acercamiento equivaldría a un *close reading*, una lectura cercana y minuciosa de un solo texto, con lupa lingüística. En ambos casos se trataría de un procedimiento que podríamos denominar como descripción densa y *analítica* de las materialidades espaciales y discursivas.

5. CIERRE Y REAPERTURA

Cruzar el análisis etnográfico del espacio con una lectura analítica de lo discursivo nos permite constatar y comprender la emergencia de nuevas espacialidades (temporales, en este caso) en la urbe. No es en sí mismo lo dicho y sus efectos, ni tampoco las características del escenario como tales, sino la conjunción de ambos, que nos habla de un nuevo espacio en el sentido de espacio público (*Öffentlichkeit*) donde se constituyen y se articulan identidades políticas que trascienden a la particularidad del evento. Inciden ahí las prácticas espaciales y discursivas, el tipo de escenificación, la configuración de los respectivos escenarios. Los tres espacios específicos que fueron observados en este ejercicio empírico resultaron muy distintos entre sí, lo que se confirmó cuando probamos que incluso “las mismas palabras” emitidas (“¡ya ganamos!”) pueden adquirir un sentido completamente distinto en cada

uno de los lugares.⁹ Ello se explica por la diferencia entre los escenarios materiales, pero también por las condiciones y los saberes contextuales de cada una de las puestas en escena.

Como procedimientos cualitativos, en ninguna de las dos vías analíticas se aspira a un mero inventario cuantitativo o una mera cartografía de los datos registrados, sino más bien a poner de relieve constelaciones de sentido. Más que mapas producto de una sistematización condensada de los materiales recopilados, nos proponemos construir “mapas de sentido”, en los que lo espacial y lo discursivo, lo dicho y lo escénico, se entretejen indisolublemente.

Estas dos dimensiones a su vez abarcan otras dos dimensiones significantes que podrían incorporarse en futuros proyectos analíticos desde una perspectiva multidimensional: los cuerpos y las imágenes. Si lo que nos interesa es investigar el significado del espacio material, *tangible*, sobre todo en tiempos de una creciente virtualización, desterritorialización y mediatización de la política, tendremos que enfocar también, como otra dimensión de espacialidad, la presencia de los *cuerpos* en el espacio. ¿Cómo se posicionan, cómo lo comparten, cómo se apropian físicamente de él, cómo se relacionan con el otro (cuerpo)? ¿Cómo utilizan al propio cuerpo como plataforma discursiva (playeras, etc.)? ¿Cuál es el discurso de la corporalidad, cómo “habla” el cuerpo, los lenguajes corporales –de cercanía o distancia, de espacios individualizados o de formaciones de cuerpos de personas? De ahí nace otra pregunta: ¿cuáles son las imágenes que se crean de esta distribución –y experiencia– de los cuerpos en el espacio? Con ello, nos referimos a dos dimensiones. Por un lado, las imágenes (fragmentos, encuadres) que se generan y difunden en la reconstrucción mediática del acontecimiento material, de cómo se enfocan desde los medios masivos este espacio material y los cuerpos distribuidos en él, por supuesto también en su dimensión discursiva. Por el otro lado, desde una perspectiva propiamente etnográfica, preguntaríamos por las imágenes creadas en los presentes, y también los ausentes (los consumidores de los artefactos mediáticos), de cómo el evento se inscribe en los imaginarios, claves para la constitución de nuevos espacios inmateriales, generadores de sentidos e “identidades”.

Estas cuestiones nos llevan, en el plano *metodológico*, al complejo terreno de la multidimensionalidad, a preguntar por las posibilidades –y posibles limitaciones también– de una etnografía multidimensional. ¿Cómo vincular el análisis de lo discursivo y lo espacial con la antropología y el etnvideo, con los métodos de investigación social, cuantitativa y cualitativa, con el análisis de los medios? ¿Cuáles son, por ejemplo, los imaginarios pre-existentes de los asistentes y cómo reciben lo dicho en escena, sus efectos semióticos, en qué sentido incide en sus imaginarios? ¿Cuál es la textura discursiva de la reconstrucción mediática del evento?

Finalmente, quisiéramos plantear una serie de *cuestiones epistemológicas*, todas evidentemente entrelazadas entre sí, proyectada como una convocatoria para pensar en conjunto, desde la experiencia investigativa de cada quien y también desde la posibilidad de crear enlaces transdisciplinarios:

⁹ La misma pregunta por nuevas espacialidades, sólo en sentido inverso, se puede plantear cuando distintos actores políticos se apropian de una sola plaza, como fue el caso de los cierres de campaña de 2000 (véase Tamayo, 2002).

- ¿Cómo definir la *etnografía*, la observación en el campo?, ¿hasta qué punto es posible ampliar esa definición para poder abarcar, por ejemplo, la dimensión discursiva o mediática?, ¿puede haber una etnografía de lo efímero y lo extraordinario?, ¿cómo relacionar –analíticamente– texturas de cotidianidad con estados de excepción?
- ¿Cuál es la relación entre descripción, registro y análisis?, ¿puede haber registro sin presupuestos analíticos?, ¿cuáles son las premisas para una “*densa descripción analítica*”?
- ¿Cuál es la relación entre una *perspectiva del flaneur* (deliberadamente subjetiva, situándose como caja de resonancia y percepción) y una *aspiración objetiva*, del dato duro y su sistematización?, ¿cómo dar constancia de la heterogeneidad de lo registrado, las variantes del actuar y sentir, sin con ello caer en la arbitrariedad “subjetivista”?, ¿cómo hacer visibles las categorías colectivas (los *hidden scripts*, imaginarios, inconscientes óptico-discursivos), sin con ello caer en una estéril y previsible homogeneización de lo registrado?
- ¿Cómo relacionar la exploración del *detalle* (nivel micro, *close reading*), con los saberes acerca de las estructuras *macro* y diversos contextos (políticos, socioeconómicos, culturales)?

- Baumann, Zygmunt (1997), *Flaneure, Spieler und Touristen – Essays zu postmodernen Lebensformen*, Hamburg, Hamburger Editionen.
- Bourdieu, Pierre (1991), “Physischer, sozialer und angeeigneter Raum”, en Wentz, Martin (ed.), *Stadt-Räume*, Frankfurt/M, Campus.
- Braig, Marianne y Anne Huffschiid (2009), “Los poderes de lo Público: hacia una categoría transdisciplinaria para (re)pensar sociedades en transformación”, en Marianne Braig y Anne Huffschiid (eds.), *Los poderes de lo público. Debates, espacios y actores en América Latina*, Madrid Iberoamericana, Vervuet.
- Carbó, Teresa (2001), “Regarding Reading: On a Methodological Approach”, en *Discourse & Society*, 12 (1).
- Delgado, Manuel (1999), *El animal público*, Barcelona, Anagrama.
- Fraser, Nancy (1999), “Rethinking the Public Sphere. A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy”, en Craig Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, Cambridge/MIT Press.
- Gluckman, Max (1940), “Analysis of a Social Situation in Modern Zululand”, en *Bantu Studies*, 14.
- Hannerz, Ulf (1980), *Exploring the City*, Nueva York, Columbia University Press.
- Harvey, David (1993), “From Space to Place and Back Again: Reflections on the Conditions of Postmodernity”, en Jon Bird (ed.), *Mapping the Futures*, Londres, Routledge.
- Huffschiid, Anne (2007), “De los cuerpos al corpus. Una experiencia investigativa en torno al discurso zapatista y sus ecos en el mundo”, en *ELA, Estudios de Lingüística Aplicada*, núm. 46.
- _____ (2004), *Diskursguerilla: Wortergreifung und Widersinn. Die Zapatistas im Spiegel der mexikanischen und internationalen Öffentlichkeit*, Heidelberg, Synchron Publishers.
- Lefebvre, Henri (1990), *Die Revolution der Städte*, Frankfurt/M, Athenäums.
- _____ (1994), *The Production of Space*, Oxford, Blackwell.
- Löw, Martina (2001), *Raumsoziologie*, Frankfurt/M, Suhrkamp.

Rogers, Alisdair/Vertovec, Steven (eds.) (1995), *The Urban Context – Ethnicity, Social Networks and Situational Analysis*, Oxford, Oxford Berg Publishers.

Rotenberg, Robert (1993), “Introduction”, en Rotenberg, Robert/McDonogh, Gary (eds.), *The Cultural Meaning of Urban Space*, Westport, Bergen and Garvey.

Tamayo, Sergio (2002), “La Plaza cedió la nación... La plaza retuvo la ciudad”, en Tamayo, Sergio, *Espacios ciudadanos, la cultura política de la Ciudad de México*, México, Sábado Distrito Federal.

Verón, Eliseo (1996), *La semiosis social: fragmentos de una teoría de la discursividad*, Buenos Aires, Gedisa Editorial.

Wildner, Kathrin (2003), *Zócalo-Die Mitte der Stadt Mexiko. Ethnographie eines Platzes*, Berlín, Dietrich Reimer Verlag.

_____ (2005), *La plaza mayor, ¿centro de la metrópoli? Etnografía del Zócalo de la Ciudad de México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.